

Senti -pensarnos Tierra

#13

Marzo 2026

**Ecología política
de los alimentos:
Rupturas
metabólicas,
territorios
y tramas de vida
(Parte 2)**

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Leonardo Rossi
Jaime Rendón Acevedo
Mariluz Nova-Laverde
Anabel Rieiro
Daniel Pena
Martín Medina
Ammy Nuñez Riquelme
Alexander Panéz Pinto
Pablo Cosentino

Boletín del
Grupo de Trabajo
Ecologías Políticas
desde el Sur/Abya Yala



CLACSO



PLATAFORMAS PARA
EL DIÁLOGO SOCIAL

Senti-pensarnos tierra no. 13 : ecología política de los alimentos : rupturas metabólicas, territorios y tramas de vida / Leonardo Rossi ... [et al.]. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2026.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-308-274-2

1. Alimentos. 2. Agroalimentación. 3. Huerta. I. Rossi, Leonardo
CDD 641.3

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Pablo Vommaro - Director Ejecutivo
Gloria Amézquita - Directora Académica
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory - Producción Editorial
Valeria Carrizo y Darío García - Biblioteca Virtual

Equipo

Magdalena Rauch - Coordinadora
Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Luna González y Teresa Arteaga

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875
<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Coordinadores del Grupo de Trabajo

Raquel Neyra Soupplet
Instituto de Estudios Ecologistas
del Tercer Mundo, Ecuador
raquelneyra@hotmail.com

Lucrecia Soledad Wagner
Grupo de Investigación STAND (South Training Action Network of Decolianility),
España, lucrewagner@gmail.com

Aida Luz López Gómez
Universidad Autónoma de la Ciudad
de México, México
aidaluz.lopez@gmail.com

Coordinadores del Boletín

Leonardo Rossi
IRES-Conicet Argentina,
leo.j.rossi.ep@gmail.com

Pablo Cosentino
IF-IICE-FFyL-UBA, Argentina
pablocosentino86@gmail.com

Martín Medina
IF-IICE-FFyL-UBA, Argentina
martiinn94@gmail.com

Índice

Agradecimientos

Introducción

Segunda Parte: “Entramados alimentarios para cultivar vida en medio de la crisis”

“El reconocimiento a los derechos campesinos como baluarte de la soberanía alimentaria. A propósito de las recientes políticas públicas en Colombia” - Jaime Rendón Acevedo y Mariluz Nova-Laverde

“Modos de habitar el sistema agroalimentario: tramas de vida y desgarros del territorio uruguayo” - Anabel Rieiro y Daniel Pena

“Del País de las Manzanas a Vaca Muerta: disputas territoriales y ecología política del alimento en el Alto Valle” - Martín Medina

“Huertas comunitarias en los márgenes del agronegocio en Chile” - Ammy Nuñez Riquelme y Alexander Panéz Pinto

“Cronopolíticas y tramas agroalimentarias. Ensayos politemporales frente al totalitarismo extractivista” - Pablo Cosentino

Agradecimientos

Agradecemos especialmente a CLACSO, que aloja y sostiene al Grupo de Trabajo Ecologías Políticas del Sur / Abya Yala, así como a su equipo editorial por el acompañamiento brindado. Queremos reconocer de manera particular a la coordinación del período 2023–2025, cuyo apoyo fue fundamental para la conformación del subgrupo de Ecología Política de los Alimentos. En ese marco, expresamos nuestro agradecimiento a Lucrecia Wagner, Raquel Neyra y Aida López, quienes hicieron posible y alentaron activamente la publicación de este boletín.

Asimismo, agradecemos a cada una de las compañerxs que participaron desde distintas regiones, compartiendo saberes, experiencias y reflexiones, y que se tomaron el trabajo de elaborar los artículos aquí reunidos. Esperamos que este boletín constituya un aporte colectivo a un debate público que consideramos de suma relevancia: la politización de la alimentación y la recuperación de la comensalidad como dimensión central de las tramas de la vida.

Introducción

Por Leonardo Rossi

Los cuerpos, las comunidades políticas y los territorios; los modos de sentir, imaginar y producir saberes; las formas del trabajo, las tradiciones del diseño y el acervo técnico, entre tantas otras dimensiones se han ido moldeando de forma correlativa y profundamente implicadas en torno a las prácticas alimentarias. El acto de nutrirse y hacer lo propio con los congéneres ha hecho parte de una larga historia de cuidados y beneficios recíprocos dentro de la trama de la vida, en la que el linaje humano ha tenido una posición privilegiada cuanto de profunda responsabilidad. Se presume que, desde los orígenes, esta especie con tendencia comunitaria ha dotado de diversos sentidos organizativos —entendidas aquí como formas primordiales de lo político— los modos de procurarse el sustento alimentario. Garantizar la energía vital del prójimo que hace parte de la trama de cuidados compartidos, cuanto la producción/protección/veneración de la diversidad biológica que permite que ese flujo esté disponible, fue tornándose un sustrato común, con múltiples variantes y desde ya, excepciones. Esos metabolismos comunales fueron dejando profundas huellas en aspectos biológicos y culturales que aún acompañan orgánica y socialmente el día a día de las sociedades humanas.

Esas marcas del alimento concebido y producido como bien común, que conecta a los sujetos como parte de comunidades políticas, y a esos entramados como colectivos arraigados a territorios de vida, aún subsisten y resisten bajo nuevas formas. No obstante, es considerable destacar que ese suelo comunal se encuentra en una fase de extrema afectación visto en términos históricos de larga duración. En procesos con rasgos diferenciales según geografías y épocas, la progresiva mercantilización del alimento, de la tierra, del trabajo y de las propias formas políticas que regulaban los flujos nutricios de las sociedades ha decantado en una alienación agroalimentaria que hoy se revela extrema, como algunos de los artículos que componen este boletín lo exponen. En esta perspectiva, se torna fundamental comprender la ligazón entre la erosión, subsunción y el liso y llano aniquilamiento de los sistemas agroalimentarios orientados a reproducir la vida comunal (humana y más que humana), y la crisis existencial en buena parte de las sociedades contemporáneas amnésicas de su dependencia vital de la Tierra, cuanto de su pertenencia a una especie inter-socio-dependiente. La actual insuflación de narrativas sobre la autosuficiencia del individuo, el tecno-optimismo infinito y la crueldad como lengua franca de lo político son un capítulo más de una genealogía en la que la profanación del entramado alimentario comunitario es un aspecto fundante, y sistémicamente recreado. En definitiva, se trata de manifestaciones de una profunda y sedimentada crisis ecológico-política, en la que el alimento, y los vínculos entre humanos y con no humanos que se gestan a su alrededor tienen mucho que decir.

Con ese marco comprensivo, caminando en el sendero del Grupo de Trabajo de Ecologías Políticas desde el Sur/Abya Yala, arraigados en esta América Latina de enormes convulsiones socio-políticas y de porfiadas esperanzas, hemos cultivado este incipiente espacio de reflexión a lo largo del 2025. Encontrándonos entre un grupo de compañeras y compañeros fuimos recuperando lecturas, cruzando documentos y abriendo miradas desde diversos territorios y tradiciones en busca de moldear una Ecología Política del Alimento. Apelando a nutrirnos de valiosos aportes de la sociología rural, la antropología de la alimentación, los estudios del campo agroecológico, entre otras fuentes, buscamos abordar las causas estructurales y los efectos sistémicos de la crisis ecológico-civilizatoria desde la

perspectiva agroalimentaria, al tiempo que indagamos en torno a los horizontes emancipatorios en curso, que sitúan al alimento como una clave impostergable. En este andar, nos hemos propuesto dar forma a un boletín, convocando asimismo a otras y otros investigadores, que exhibiera un primer registro de este proceso.

De esta iniciativa surgen los textos que presentamos a continuación y que hemos dividido en dos bloques. La primera sección, titulada “Impactos y afectaciones socioecológicas del sistema agroalimentario hegemónico” está compuesto por cinco artículos: “*Cadenas productivas y ciudades del agronegocio en el estado de Mato Grosso: algunas articulaciones entre el modelo hegemónico de producción y las condiciones de salud*” de Marcos Aurélio Silva, Kesley Gabriel Bezerra Coutinho, Marcia Leopoldina Montanari Corrêa y Haya Del Bel; “*Cuando la tierra enferma: alimentación y ruptura sociometabólica en la comunidad de São Pedro de Joselândia – MT*” de Késley Gabriel Bezerra Coutinho y Haya Del Bel; “*Notas para el estudio de la producción industrial de carne: el caso de las mega granjas porcícolas en la Península de Yucatán, México*” de Guadalupe Andrade Olvera, Andrés Oliver Barragán y Adrián Velázquez Trejo; “*Formas del Hambre en Argentina. Rehumanizarnos más allá de la “aceleración” libertaria y la “contención” progresista*” de Leonardo Rossi y “*En defensa del porvenir. Notas sobre la acumulación por subsunción*” de Nicole V. Añorve. Todos ellos presentan análisis agudos y reflexiones profundas sobre los impactos y efectos nocivos de la agroindustria y el sistema agroalimentario hegemónico para distintas poblaciones y múltiples redes de vida.

La segunda sección, titulada “Entramados alimentarios para cultivar vida en medio de la crisis”, se compone de otros cinco artículos: “*El reconocimiento a los derechos campesinos como baluarte de la soberanía alimentaria. A propósito de las recientes políticas públicas en Colombia*” de Jaime Rendón Acevedo y Mariluz Nova-Laverde; “*Modos de habitar el sistema agroalimentario: tramas de vida y desgarros del territorio uruguayo*” de Anabel Rieiro y Daniel Pena; “*Del País de las Manzanas a Vaca Muerta: disputas territoriales y ecología política del alimento en el Alto Valle*” de Martín Medina; “*Huertas comunitarias en los márgenes del agronegocio en Chile*” de Ammy Nuñez Riquelme y Alexander Panes Pinto y “*Cronopolíticas y tramas agroalimentarias. Ensayos politemporales frente al totalitarismo extractivista*” de Pablo Cosentino. En ellos se piensan algunas alternativas a la crisis agroalimentaria, aportando conceptos, experiencias, trayectos y nociones encaminadas a retejer tramas alimentarias comunales.

Esperemos este humilde aporte, contribuya a seguir imaginando y forjando los horizontes agroalimentarios necesarios para estos desafiantes tiempos que atravesamos.

Segunda Parte:

“Entramados alimentarios para cultivar vida en medio de la crisis”

El reconocimiento a los derechos campesinos como baluarte de la soberanía alimentaria. A propósito de las recientes políticas públicas en Colombia¹

Jaime Rendón Acevedo²

Mariluz Nova-Laverde³

Introducción

El modo de crecimiento vigente, asentado en el modelo neoliberal, relegó a las y los campesinos desde diversas ópticas: a) les declaró como sujetos “atrasados” y de actividades sin mayor valor, mostrando lo urbano como la prioridad de las inversiones públicas y privadas; b) prevaleciendo el libre mercado y la movilidad comercial, puso a los alimentos como simples mercancías donde se debía optimizar el precio y buscar la mejor opción posible en los mercados mundiales e incluso a nivel nacional y local, en mercados protegidos en una prevalencia del modelo de agronegocio en beneficio de las élites locales, imponiendo la idea que era en la competitividad de los mercados mundiales donde se garantizaría la seguridad alimentaria e incluso la provisión de agro insumos; proceso que condujeron a la desruralización y a la desindustrialización de los países de la Región. c) en su afán extractivista, generó un modelo de despilfarro, de alto impacto metabólico, rompiendo los ciclos de la naturaleza, generando un descontrol de energías y desconociendo las prácticas milenarias que desde la agricultura permitieron convivir con los demás ecosistemas; d) se negó a los campesinos sus territorialidades y sus identidades como comunidades, condenándoles a ser trabajadores agrarios precarizados.

Estas dinámicas perversas del modelo condujeron a la desaparición del campesinado en las políticas públicas de toda la región. Hoy Colombia, tras los procesos de paz, la movilización campesina, étnica y popular, y los cambios políticos en la actual administración, no sólo ha logrado el reconocimiento constitucional del campesinado como sujeto de protección especial, sino que las políticas públicas, desde la formación o el reconocimiento de saberes, hasta los procesos de reforma agraria integral, fortalecen la participación de los movimientos campesinos y los procesos de producción agroecológica de alimentos donde lo tradicional y las tecnologías actuales se unen. Esto se constituye en una posibilidad de vida digna para las comunidades campesinas, así como para la alimentación de las y los colombianos, un ejercicio de soberanía alimentaria, desde prácticas que reencuentran los seres humanos con la naturaleza.

Este artículo hace un recorrido por estos elementos, mostrando cómo los movimientos campesinos, en el caso particular de Colombia, han logrado resistir a los embates del modelo de crecimiento vigente, y han logrado hacer de la lucha por los alimentos y la soberanía alimentaria, un vínculo y tránsito hacia otras formas posibles de entender la ecología política de los alimentos.

Algunos elementos conceptuales para el análisis

¹ Este artículo es producto de la investigación “Sembrar en la memoria para comunicar la cosecha”. La experiencia agroecológica y educativa ambiental de la asociación de campesinos para el desarrollo sostenible de la vereda de Pasquillita “Asopasquillita”, financiada por la Vicerrectoría de Investigación y Transferencia de la Universidad de La Salle.

² Director del Centro de Estudios e Investigaciones Rurales (CEIR), Universidad de la Salle. Grupo de investigación en Economía y Desarrollo Humano. Integrante del GT Ecologías Políticas desde el Sur/Abya Yala (CLACSO).

³ Docente Investigadora CEIR y Facultad de Economía, Empresa y Desarrollo Sostenible, Universidad de La Salle. Facultad de Educación, Universidad de la Salle. Grupo de investigación en Economía y Desarrollo Humano. Integrante del GT Ecologías Políticas desde el Sur/Abya Yala (CLACSO).

Reflexionar sobre la ecología política del alimento evoca no sólo un análisis de las relaciones de poder sobre las estructuras de producción, distribución y consumo de bienes alimentarios y su efecto socio metabólico, sino también una problematización de un patrón civilizatorio, de una ontología que ha distorsionado la dimensión simbólica y espiritual de la alimentación como ritual esencial del vínculo cuerpo-territorio. Por lo tanto, este campo epistémico-político comprende fenómenos histórico materiales como la interconexión de los intereses del régimen alimentario corporativo y el modelo del agronegocio (McMichael, 2005; 2012), la cual contempla fenómenos como la financiarización, el acaparamiento de tierras o las lógicas del emprendimiento como apología a la precarización y la deslaboralización; también están los relacionados con la epidemiología de la explotación extractivista, es decir los impactos en la salud de personas, comunidades y ecosistemas, revelando patrones de enfermedad, desplazamiento, violencia, degradación socioambiental y la pérdida de biodiversidad (Ortega y otros, 2024); así como la configuración de la injusticia epistémica respecto de las prácticas y conocimientos de las comunidades campesinas tradicionales, que caracteriza los discursos del “desarrollo” y la “revolución verde” (Rosset y otros, 2025), discriminación cognitiva que a su vez sirve a las estrategias de legitimación de políticas de seguridad alimentaria en clave de acumulación capitalista, esto es, de concentración, desigualdad y especulación.

Siguiendo a Enrique Leff (2019) la ecología política constituye un campo de conocimiento posnormal e híbrido que trasciende un ejercicio intelectual interdisciplinar para fijar la mirada en las estrategias de solución a conflictos ecoterritoriales que diseñan los pueblos de la tierra. Dentro del campo de la ecología política latinoamericana, el estudio del colapso ambiental no solo integra la descripción de las tensiones y conflictos de intereses por la apropiación de la naturaleza, sino que resalta las respuestas de organizaciones sociales de base y comunidades con arraigo territorial que instituyen modos de vida y de habitar alternativos y sustentados en ontologías relacionales y, por ende, críticas de la comprensión antropocéntrica, objetivante y mercantil de la naturaleza.

En la encíclica del “Laudato si” sobre el cuidado de la casa común (2015), tal vez en el texto de bioeconomía, si se prefiere de biocivilización, más relevante en la última década, el Papa Francisco sugiere la necesidad de establecer una “conversión ecológica” planteándose abiertamente en contra de la cultura del derroche y del descarte, un cambio de modelo que permita replantear el relacionamiento que se tiene hoy entre los seres humanos, de estos con la naturaleza y en particular con los sistemas alimentarios. Desechar las cosas, las personas, los alimentos y la naturaleza representa una forma de injusticia de los seres humanos consigo mismos y con los demás ecosistemas. Se trata del desprecio de quienes pueden y tienen con los demás seres que terminan sometidos a las decisiones de los poderosos, y en donde la falta de alimentos y el hambre se constituyen en la forma más explícita de la degradación que el sistema actual ha impuesto. La búsqueda de sistemas agroalimentarios sostenibles se constituye, de acuerdo con el Papa Francisco, en una forma de hacer efectiva esa “conversión ecológica” y acabar con la cultura del descarte.

Guillermo Castro, uno de los latinoamericanistas más relevantes en la actualidad, y un lector como ninguno, de la obra de José Martí, no solo plantea la necesidad de conocer nuestra historia ecológica diferenciándose de la historia ambiental, reivindicando una nueva economía, ecológica e integral, sino que en su obra recalca las diferencias, negadas por el modelo dominante, entre el tiempo y espacio, una incompreensión de la economía política capitalista que conlleva al agotamiento excesivo de los recursos naturales y a un impacto ambiental catastrófico por la acción humana. Coloca Castro dos elementos esenciales a la hora de entender una ecología política de los alimentos, la primera que lo local nos pone los pies en la tierra y la segunda, que las soluciones pasan, necesariamente por rescatar lo colectivo, lo comunitario, planteando que un ambiente distinto tiene que ir de la mano de una sociedad diferente. (Castro, 2025)

De esta manera, desde la economía ecológica se le plantean debates a la economía ambiental (Rendón, 2020) y su idea romántica de sostenibilidad débil, es decir la fe, el fundamentalismo neoclásico, en que el desarrollo tecnológico podrá generar las soluciones al daño que sobre la naturaleza ha ocasionado la acción humana a la naturaleza y con ella a los sistemas productivos locales, en especial a las economías campesinas y étnicas (Rendón, 2025).

En esta perspectiva, los estilos de vida, conocimientos y prácticas tradicionales campesinos que son adecuados al entramado socio-ecológico de los territorios y que cuidan, por lo general, la sincronía con los ciclos de la naturaleza, contrasta con la destrucción entrópica capitalista: “agentes para la construcción de una sociedad neguentrópica son los campesinos persistentes” (Leff, 2019, p. 200). Adicionalmente, las luchas campesinas por la defensa de los territorios y por la soberanía alimentaria, dan cuenta de que el alimento, como naturaleza viva, es un terreno de disputa económica, política y ontológica.

Colombia, entre las guerras y las resistencias campesinas

La ecología política del alimento en Colombia encarna una historia particularmente compleja por el largo y degradado conflicto social y armado del que ha sido principal víctima la población campesina.⁴ En el informe Guerra contra el Campesinado (1958-2019), se demuestra que la guerra en Colombia ha sido fundamentalmente rural en tanto los orígenes del conflicto armado colombiano están en la desigualdad de la tenencia de la tierra y que, por lo mismo, sus patrones y dinámicas reproducen violencias contra el campesinado y, particularmente, contra el campesinado organizado. Entre estas violencias, el desplazamiento forzado y el despojo del poder político se han constituido en la negación e intento de exterminio a las poblaciones rurales, esto es, a campesinos, comunidades étnicas, afros, raizales, palenqueros, entre otras (Bautista y otros, 2022).

Fajardo (2019) explica la historia de la problemática rural y agraria en Colombia a través de la persistente tensión entre el reclamo de los movimientos sociales, académicos y misiones internacionales por la redistribución de la tierra, por una parte, y la resistencia del poder económico terrateniente y empresarial, por la otra. Esta realidad se evidencia no sólo en uno de los niveles más elevados de la concentración de la propiedad en América Latina, con un coeficiente de Gini que ha ascendido de 0.84 en 1984 a 0.89 en 2014, según el Censo Nacional Agropecuario (Fajardo, 2019, p.99), otras mediciones más recientes llegan al 0.92 (Vergara, 2020), mostrando la persistencia de la concentración de la tierra y su irracional uso, al sólo dedicarse el 12.5% del área potencial a la producción de alimentos.

Las políticas de apertura comercial o lo que se conoció como las reformas estructurales o neoliberales de la década de 1990, condujeron al incremento sostenido de las importaciones de alimentos, la disminución de las áreas sembradas, reducción de la oferta alimentaria nacional y el aumento en los precios de los alimentos para los consumidores (Fajardo, 2019, p.101) y que apenas en los últimos años se viene revirtiendo, en parte, por una clara dependencia en los agroinsumos importados (fundamentalmente de Ucrania y de Rusia), producto de un modelo de producción que se soporta en una idea de productividad basada en el estrés químico al suelo, y por ende su cada vez mayor agotamiento.

En este período de reformas neoliberales, el resultado ha sido la caída que de la participación del sector agropecuario en el PIB (desruralización) promovida por el uso intensivo de la explotación de los recursos naturales, que privilegió el agronegocio, los biocombustibles y la minería como motores de crecimiento y competitividad, acompañados también de la desposesión de la tierra y con ello la obligación del desplazamiento, del abandono de las tierras y la emigración a las grandes ciudades. Este enfoque del desarrollo pretendió compatibilizar estos usos de la tierra, que significaban la cesión del propósito de la

⁴ <https://www.comisiondelaverdad.co/etiquetas/campesinos>

producción de nuestros propios alimentos, con el derecho a la alimentación a través de una política de “seguridad alimentaria” que pretendió sustentar la disponibilidad y el acceso a los alimentos a través del comercio internacional, es decir la compra de alimentos en los lugares del planeta donde fueran de menor precio, en contraposición del concepto de soberanía alimentaria, que busca garantizar la producción de los alimentos suficientes en el propio territorio.

Esta política claramente favoreció los intereses del régimen agroalimentario corporativo transnacional, fueron estas grandes empresas quienes coparon y se apropiaron de los mercados locales, a costa del descenso de la producción de las economías campesinas e incluso las disponibilidades de alimentos para toda la población, conllevando a la vulnerabilidad del país frente a la dependencia de la disposición de alimentos por los mercados mundiales. Esta política si bien ya venía siendo interpelado por los movimientos campesinos, en particular por la Vía Campesina, fue con la crisis de la pandemia por el Covid (cierres de los mercados), donde las comunidades campesinas lograron visibilizar los aportes que a pesar de la importaciones le siguen haciendo a la oferta alimentaria del país, además lograron mostrar como los circuitos cortos de distribución son más eficientes económicamente y se constituyen en una opción realmente verde a la sociedad. Fueron los propios campesinos quienes le demostraron al país que la dependencia en el comercio internacional para garantizar la alimentación de los pueblos no es viable, y la irracionalidad energética que los grandes recorridos para la distribución de agroinsumos y de alimentos representan un daño para la sostenibilidad de la vida y del planeta

Por todo lo anterior, se destaca la relevancia en términos de ecología política del alimento del reciente Acto legislativo 1 de 2023 por el cual se modifica el artículo 64 de la Constitución Política de Colombia de 1991, con el reconocimiento del campesinado como sujeto de especial protección constitucional, el cual fue negado en el proceso constituyente de 1991, donde se reconocieron a los grupos étnicos. Este suceso disruptivo es resultado de una larga lucha campesina, la cual se mantiene para hacer efectivas tales disposiciones normativas.

Mediante este reconocimiento constitucional y sus desarrollos se confrontan prejuicios, estigmas y estigmatización, podría decirse, con mirada decolonial se presenta el campesinado como una población heterogénea, híbrida y abigarrada, como: “Sujeto intercultural, que se identifica como tal, involucrado vitalmente en el trabajo directo con la tierra y la naturaleza, inmerso en formas de organización social basadas en el trabajo familiar y comunitario no remunerado o en la venta de su fuerza de trabajo” (ICANH, 2020, p. 19).

Este hito, un logro de los movimientos campesinos en Colombia, también deja de manifiesto la reivindicación del ser campesino o campesina, identidades que el modelo de desarrollo dominante ha discriminado, tendencia que, además, se ha logrado en todo el continente, donde el campesinado no se nombra, cambiándolo por productor agrario, emprendedor o cualquier otro nombre que desnaturaliza su identidad. Por el contrario, las nuevas políticas permiten empoderar a las y los campesinos como sujetos relevantes ante la producción de alimentos e incluso en las luchas históricas por la tierra y la soberanía alimentaria, también todo esto ha permitido reconocer formas claras de relacionamiento humano, con el cuidado y protección de la tierra, la naturaleza, sus propias comunidades en territorios hoy también incentivados por la ley.

En este sentido, es necesario destacar la creación de zonas de reserva campesina a través de la Ley 160 de 1994, que si bien tenían una normativa de legalización habían pesado sobre ella la desidia institucional y la estigmatización, Hoy desde el gobierno nacional no solo se ha incentivado la conformación de zonas de reserva campesina sino que se ha posibilitado el surgimiento de otras formas territoriales campesina como son los territorios campesinos agroalimentarios o las zonas de protección para la producción de alimentos. Otros hitos marcaron los últimos años de este tránsito hacia el reconocimiento campesino, El Mandato

Nacional Agrario que se traduce en iniciativa popular legislativa en 2013, año también del paro agrario y la Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular (2014), procesos que han venido reivindicando el principio del “buen vivir”, la economía propia frente al modelo de desarrollo neoliberal extractivista, el reconocimiento del agua como derecho fundamental para el consumo humano, la defensa de la producción agroecológica de alimentos para la soberanía alimentaria y la recuperación de semillas nativas. Todas estas proposiciones han puesto en evidencia que la disputa por el alimento es económica, política y ontológica.

Con los acuerdos de Paz y en particular sobre la reforma Rural Integral, punto de acuerdo ampliado en el país, ya que simultáneamente laboró la Misión para la transformación del campo colombiano (2015), dos procesos que, aunque separados terminaron confluyendo no solo en análisis sino en conclusiones; la apuesta por la implementación de la reforma se logró en el actual Plan Nacional de Desarrollo 2020 – 2026, Colombia Potencia Mundial de la Vida, donde se involucran no solo elementos básicos de la reforma agraria, en tanto distribución de tierras, sino, la generación de procesos integrales que permitan, desde la lógica de la soberanía alimentaria, recuperar la producción campesina, colocándola al servicio no solo del país y su disponibilidad de alimentos, sino de las propias comunidades haciendo que los campos se restituyan como espacios comunitarios para la vida digna de las y los campesinos del país.

Sin duda han sido avances importantes desde lógicas diferentes, se trata de otra racionalidad frente a la vida, pero en particular a la producción de alimentos y al reconocimiento de las comunidades campesinas, que aportan entre el 65% y el 75% de los alimentos que se consumen hoy en el país, y contribuyen con buena parte de la oferta agrícola exportable. Se trata de bases sólidas para una nueva ecología política del alimento que parte del reconocimiento de las comunidades campesinas como sujetos de protección especial, y de los alimentos como fuentes de energía y de vida que requieren de procesos comunitarios, sostenibles y agroecológicos, sosteniendo los procesos de justicia social y ecológica

Referencia bibliográfica

Bautista Revelo, Ana Jimena; Malagón, Ana María; Uprimny, Rodrigo; Sierra, Duván Felipe; Pic, Elise; Duarte, Carlos; et al. (2022). *Guerra contra el campesinado (1958–2019): Tomo 1. Huellas de la violencia y trayectorias de resistencia*. Editorial Dejusticia. <https://www.dejusticia.org/publication/guerra-contra-el-campesinado-1958-2019-tomo-1-huellas-de-la-violencia-y-trayectorias-de-resistencia/>

Colombia. (2023). *Ley 2294 del 19 de mayo de 2023 por la cual se expide el Plan Nacional de Desarrollo 2022–2026 “Colombia potencia mundial de la vida”*. <https://www.dnp.gov.co/plan-nacional-desarrollo/pnd-2022-2026>

Castro, Guillermo (2025, 1 de noviembre). *Nota para una ecología política de Nuestra América*. <https://connuestraamerica.blogspot.com/2025/11/nota-para-una-ecologia-politica-de.html>

Fajardo, Darío (2019). El punto agrario del Acuerdo de Paz: Una larga historia. En Diego Carrero Barón, Jairo Estrada Álvarez, Darío Fajardo, Ana María González Suárez, Carolina Jiménez Martín, Diana Ximena Machuca Pérez, & Francisco Javier Toloza Fuentes, *El acuerdo de paz en Colombia: Entre la perfidia y la potencia transformadora*. Centro de Pensamiento y Diálogo Político (CEPDIPO).

Francisco (2015). *Laudato si': Carta encíclica*. Imprenta del Vaticano. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Instituto Colombiano de Antropología e Historia. (2020). *Conceptualización del campesinado en Colombia: Documento técnico para su definición, caracterización y medición* (M. Saade Granados, Ed.). ICANH.

Leff, Enrique (2019). *Ecología política*. Siglo XXI Editores.

McMichael, Philip David (2005). Global development and the corporate food regime. En Buttel, Frederick & McMichael, Philip David (Eds.), *New directions in the sociology of global development*. Elsevier.

McMichael, Philip David (2012). The land grab and corporate food regime restructuring. *The Journal of Peasant Studies*, 39(3–4), 681–701. <https://doi.org/10.1080/03066150.2012.661369>

Misión para la Transformación del Campo Colombiano. (2015). *Estrategia de competitividad para el sector agropecuario*. Departamento Nacional de Planeación. <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Agriculturapecuarioforestal%20y%20pesca/Estrategia%20de%20Competitividad%20para%20el%20Sector%20Agropecuario%20V2015-10-23.pdf>

Ortega Elorza, Laura Elena; Keppl, Gabriel Adrián; Pacheco Magaña, Lilian Erendina; Pereyra, Horacio Antonio; Re, Paula, & Verzeñassi, Damián (2024). Perspectivas desde la salud socioambiental sobre los extractivismos entre zonas de saqueo y zonas de acumulación. *(Con)textos: Revista de Antropología e Investigación Social*, 13, 157–194. <https://doi.org/10.1344/contxt.2024.13.157-194>

Rendón, Jaime (2020). Economía ecológica: Resignificación de la economía política para una nueva sociedad. En Gustavo Correa Assmus (Comp.), *Ecología y sociedad* (pp. 202–226). Universidad de La Salle. <https://doi.org/10.19052/978-958-5136-09-0>

Rendón, Jaime (2025). Los dilemas de la sustentabilidad. *Magazín Ruralidades y Territorialidades*, 1(9), 51–62. <https://revistas.lasalle.edu.co/index.php/mrt/article/view/5487/5301>

Rosset, Peter Michael; Fernandes, Ivanete Ferreira; Barbosa, Lia Pinheiro; Damasceno, Cosma dos Santos & Wisartsakul, Weeraboon (2025). Unlearning the Green Revolution: Inventory of agroecological practices in Ceará, Brazil, an instrument for decolonizing territory and (re)valuing peasant knowledge. *Environmental Science & Policy*, 165, Article 104022. <https://doi.org/10.1016/j.envsci.2025.104022>

Vergara, Wilson (2020). *Derechos de propiedad agraria, concentración de la tierra y productividad agrícola en Colombia*. <https://hdl.handle.net/20.500.14625/29165>

Modos de habitar el sistema agroalimentario: tramas de vida y desgarros del territorio uruguayo

Dra. Anabel Rieiro
Mag. Daniel Pena¹

Introducción

En el marco del Boletín sobre Ecología Política del Alimento del GT Ecologías Políticas del Sur / Abya Yala (CLACSO), nuestro artículo se plantea problematizar los modos de habitar que se configuran desde la agroecología y la agroindustria del alimento, lo que permite situar en el territorio uruguayo las disputas materiales y simbólicas que atraviesan el sistema alimentario global desde la cotidianidad concreta. El caso nacional evidencia, el socio-metabolismo del agronegocio —particularmente en torno a la plantación de arroz y su demanda intensiva de agua, suelo y energía— en contraste con las formas de producción hortifrutícola a pequeña escala y las experiencias agroecológicas que buscan recomponer los vínculos entre comunidad, alimento y ambiente. Si bien, ambos sistemas de producción son complejos y albergan contradicciones internas, el contrapunto permite interrogar los distintos modos de habitar la tierra, las temporalidades y relaciones de trabajo que cada modelo configura, así como las formas de vida que sostienen o erosionan, ofreciendo una entrada analítica para explorar cómo se disputan los sentidos y las prácticas del alimento en el Uruguay contemporáneo.

El análisis referido al cultivo del arroz retoma los resultados de la investigación *El alimento como trama de vida* (Proyecto CSIC) (Rieiro et al., 2023), mientras que el estudio de las experiencias de producción agroecológica se basará en los hallazgos del proyecto *Heterogeneidad de las economías para la vida* (Proyecto I+D) (Rieiro, Pena y Kerageuzián, 2023). Asimismo, la reflexión teórica se apoyará en los aportes de la ecología política y el ecofeminismo, retomando las contribuciones de Moore (2016), Rossi (2023), Carrasco y Rodríguez (2024), así como de Pena (2025), cuyas perspectivas permiten profundizar en las articulaciones entre socio-metabolismo, trabajo reproductivo y arraigo.

Formas de habitar la producción arrocería

El arroz ha sido históricamente promovido por distintos gobiernos -tanto conservadores como progresistas-, presentándose como uno de los rubros exitosos y emblemáticos de la agroindustria uruguaya, por ser considerado altamente rentable y de elevada productividad, alcanzando casi 9.000 kilos por hectárea y una producción de 1,306 miles de toneladas en 2024 (MGAP, 2024, p.120). El arroz fue uno de los primeros cultivos en Uruguay en asumir, durante el siglo XX, una lógica plenamente agroindustrial, marcada por la mecanización intensiva, el uso sistemático de agrotóxicos, el mejoramiento genético de semillas y la expansión de monocultivos bajo grandes sistemas de riego que han implicado obras de canalización público-privadas. En la última década ha mantenido la producción en aproximadamente 150.000 hectáreas. Sin embargo, esta aparente “eficiencia” encubre una serie de contradicciones estructurales y socio-metabólicas que intentaremos sintetizar a continuación.

¹ Los/as autores/as pertenecen al Área “Sociología de lo común: alimento, economía y ambiente”, Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay. Integrantes del GT Ecologías Políticas desde el Sur/Abya Yala (CLACSO).

En primer lugar, el 95 % del arroz producido se destina a la exportación, por lo que no contribuye de manera significativa al consumo interno ni a la seguridad alimentaria nacional (Souto et al., 2018; Martínez et al., 2019). Esto revela la orientación del sistema hacia lógicas extractivas y de enclave, donde el valor del alimento se mide según su rentabilidad internacional más que por su capacidad de nutrir a la población local; opera más como un commodity que como un alimento para responder a la necesidad local.

En segundo lugar, el sector muestra fuertes niveles de concentración y extranjerización: el 88 % de los cultivos pertenece a seis grandes empresas y el 74 % de las tierras está controlado por capitales transnacionales (Rieiro et al., 2023; Alegre et al., 2014). Estas seis empresas acumularon en 2020 al menos 30 millones de dólares de ganancia neta, sumaron un patrimonio de 210 millones de dólares y exportaron mercancías por un valor de al menos 419 millones de dólares. En contraste, en las últimas dos décadas, la cantidad de productores disminuye año a año y prácticamente desaparecen los productores familiares en el rubro (Alegre et al., 2014). La tenencia de la tierra se entrelaza con el control de los secadores y molinos arroceros por parte de las grandes empresas, haciendo aún más difícil la pequeña producción por fuera de los circuitos manejados por estas empresas.

En tercer lugar, aunque la producción arroceras suele ser destacada por su capacidad de generar empleo y por haber sido uno de los primeros sectores en contar con consejos de salarios, los datos muestran otra tendencia. Según los informes anuales del MGAP (2013/2014 y 2023/2024), en los últimos diez años, el empleo total en el sector descendió de 3.204 a 2.476 trabajadores, con una reducción significativa de los puestos permanentes (de 2.972 a 2.209) y un leve aumento de los zafrales (de 232 a 266). Si bien gran parte de la siembra y la cosecha se encuentran hoy mecanizadas, el modelo continúa dependiendo del trabajo manual en tareas como la canalización del agua y el mantenimiento de las “taipas”, realizadas en condiciones de alta precariedad y exposición constante a sustancias químicas.

En este sentido, puede retomarse un cuarto punto sobre la salud, que ha empezado a ser debatido y problematizado en la esfera pública en los últimos años, dado que las fumigaciones aéreas se realizan sobre los campos y muchas veces alcanzan escuelas rurales y poblaciones cercanas, provocando intoxicaciones crónicas y afecciones respiratorias severas que han sido denunciadas. En Villa 18 de Julio (Rocha), pueblo rodeado por arroceras, los resultados de una encuesta sobre problemas de salud referidos por la población muestran mayor prevalencia (respecto los valores nacionales) de problemas respiratorios en menores de 14 años, de cáncer en mayores de 35, la alta presencia de cánceres raros, y el cáncer como principal causa de muerte (Campamento de Salud, 2025). Asimismo, son de resaltar los casos emblemáticos de Julio de los Santos —extrabajador de Arrozal 33, hoy oxígeno-dependiente a los 44 años tras años de exposición química, actualmente en juicio contra el estado uruguayo en la Corte Interamericana de Derechos Humanos— y Luis Da Rosa, vecino de Vergara fallecido por fibrosis pulmonar a los 43 años en 2023.

En quinto lugar, detrás del discurso que presenta a la producción arroceras como motor de desarrollo local —aludiendo a su capacidad de generar empleo directo en la producción e indirecto en la industria, el transporte, la logística y las obras de infraestructura como caminería o electrificación rural—, se evidencian también procesos de desestructuración comunitaria. La organización del trabajo en los enclaves arroceros reproduce relaciones de dependencia estructural: los/as trabajadores/as suelen habitar en localidades próximas o en pueblos bajo la influencia directa de las empresas (incluso la propiedad de las viviendas), las cuales no solo concentran la producción, sino que también inciden en múltiples aspectos de la

vida cotidiana —comercios, transporte, escuelas y servicios básicos—, configurando una forma de control social extendido.

Por otro lado, la producción arrocerá implica importantes daños al ecosistema -nunca presentes en los discursos y cálculos oficiales-. Su huella hídrica es extremadamente elevada, utilizando cuatro veces más agua que la destinada al consumo humano (Santos, González y Sanguinetti, 2021). Además de los impactos en la salud de los trabajadores y vecinos ya mencionados, el uso intensivo de plaguicidas afecta la fauna local y de toda la Cuenca de la Laguna Merín (donde desembocan parte de las canalizaciones): en 2015 ya se encontraban 20 plaguicidas en los análisis de agua de la laguna, para 2021 son más de 90 los químicos que se encuentran en los estudios que realiza UdelaR-CURE (Kruk et al, 2022). En los últimos años, la rotación del uso del suelo se está haciendo con cultivos de soja en vez de ganadería extensiva, lo cual ha aumentado el uso de plaguicidas aún más.

Además, las canalizaciones, sistemas de riego e inundación del arroz, se realizan destruyendo los humedales del este del país, declarados sitios RAMSAR: ecosistemas clave por su biodiversidad y su función reguladora del agua. Las obras alteran gravemente estos entornos así como destruyen y afectan importantes sitios arqueológicos y sagrados para las comunidades originarias de nuestro territorio, ya que allí se ubican grandes cantidades de “cerritos de indios”: construcciones en tierra con más de 4500 años, habitados hasta hace 250 años, que funcionaban como aldeas, cementerios, huertas, centros ceremoniales, etc. (Kruk et al, 2022). Esta degradación de la memoria local y la ancestralidad indígena es parte del mecanismo de borramiento de otras posibles formas de habitar los territorios y organizar la vida en común: la canalización (privatización de hecho) del agua para el monocultivo, desprecia saberes locales (junqueros, caraguateros, pescadores artesanales, etc.) imponiéndose como única solución.

Finalmente, desde una lectura de la ecología política del alimento, el caso del arroz sintetiza las tensiones entre productivismo, rentabilidad y sustentabilidad. Si bien el cultivo se legitima bajo el discurso del desarrollo nacional, la calidad del producto y la eficiencia en la producción, también es cierto que en la práctica refuerza la dependencia exportadora, acentúa el metabolismo extractivo del agronegocio y profundiza la crisis ecológica en los territorios rurales del este afectando gravemente la salud de los cuerpos-territorios.

En este sentido, la producción de arroz, frecuentemente presentada como un modelo “exitoso”, puede ser problematizada como una expresión del extractivismo orientado a suturar —de manera precaria y desigual— la fractura socio-metabólica entre las colonias y las metrópolis demandantes de alimentos baratos para sostener una mano de obra precarizada (Machado Aráoz, 2021). Su modo de producción y su forma de organizar la vida cotidiana —basados en la concentración de la tierra y la riqueza, la explotación y el control de la fuerza de trabajo asalariada, y el uso intensivo de plaguicidas— producen un desgarramiento sistemático del tejido cuerpo-territorio, contribuyendo progresivamente a la inhabilitación del territorio.

Modos de vida emergentes de la producción agroecológica

La agroecología en Uruguay se consolida como una práctica productiva, política y afectiva que desafía el modelo agroindustrial dominante. La Red de Agroecología del Uruguay (RAU) —creada formalmente en 2005— constituye un espacio articulador de productores, consumidores, procesadores y distribuidores que promueven formas de producción sustentables y relaciones sociales basadas en la interdependencia y el cuidado. La RAU

integra actualmente ocho regionales que reúnen a 253 núcleos, conformados por individuos, familias y colectivos, distribuidos principalmente en el sur del país (Rieiro y Karageuzián, 2020). Su estructura horizontal se organiza mediante encuentros regionales y nacionales, sistemas participativos de certificación y redes de intercambio de saberes que refuerzan su carácter comunitario y autónomo.

Históricamente, la RAU surge como respuesta al avance del agronegocio, consolidándose en paralelo al modelo extractivista de monocultivos como la soja, el arroz y la forestación. Frente a ello, la agroecología aparece como una alternativa resiliente y de reterritorialización de la vida rural. El 80% de los productores posee menos de 10 hectáreas y produce en el mismo territorio donde vive, destinando parte de su producción al autoconsumo y otra a la venta directa. Este entrelazamiento entre lo productivo y lo reproductivo expresa un habitar integrado, donde las tareas del cuidado, la siembra y la alimentación cotidiana forman parte de una misma trama vital. La agroecología, más que un sistema técnico, se configura como una “filosofía de vida”, en palabras de sus protagonistas, orientada a “curar el suelo” y “volver a ver” la vida en los ecosistemas degradados por el modelo agroindustrial.

Este arraigo al territorio, incluso en muchos casos una “vuelta al campo” tras un par de generaciones urbanizadas, ensambla la vida cotidiana a través del ecosistema, con la producción sin agrotóxicos ni monocultivos. Como surge de los relatos de los integrantes de la RAU, paulatinamente transforma la percepción sobre el espacio habitado, la relevancia de las señales de vitalidad y biodiversidad del suelo y el agua, así como reorganiza el tiempo de vida y producción según los ciclos de la naturaleza (estaciones, fases lunares, etc.). Esta profundización de la empatía ambiental (Giraldo y Toro, 2020) impulsa la creatividad en cada predio, que se alimenta también del vínculo directo con los consumidores: sus inquietudes, deseos, búsquedas, necesidades. El foco de la producción está en los alimentos sanos y sabores diversos, en constante resonancia con técnicos que acompañan, y consumidores que se involucran en conocer los modos de producción, y sus efectos sociales y ecosistémicos. En este sentido, lo común se produce a través de prácticas cotidianas de intercambio y colectivización, como son las ferias, cooperativas, certificaciones participativas y defensa de bienes comunes (manifestaciones y denuncias).

A la vez que se cultiva diversidad de frutas y hortalizas, se cuida el arraigo, en un conjunto de prácticas “desde abajo”: defensa de circuitos cortos de comercialización, intercambios constantes de saberes y bioinsumos entre productores y con consumidores y técnicos, experimentación con diversidad de técnicas de regeneración de suelo, recuperación de saberes y prácticas ancestrales así como oficios rurales-artesanales, creación de emprendimientos colectivos (cooperativas, colectivos, etc.), participación en instancias políticas locales (Mesas de Desarrollo Rural, encuentros Regionales de la Red, conflictos socio-ambientales, sociedades de fomento, etc) y constante transmisión cultural y afectiva intergeneracional que ha logrado (en las experiencias más antiguas de la red) la continuidad a través de tres generaciones consecutivas habitando-produciendo. Estas prácticas van a contracorriente del proceso expulsivo de migración rural-urbana que el modelo agroindustrial profundiza, demostrando que es posible producir alimentos sanos sin obedecer el mandato de rentabilidad del agronegocio, desconcentrar la tierra, generar empleo digno, reconfigurar los ritmos de vida, y cuidar los ecosistemas.

Desde una perspectiva eco-feminista y de ecología política, la investigación muestra que los cuerpos feminizados desempeñan un papel central en la sostenibilidad de la vida. Las mujeres representan más de la mitad de los integrantes de la Red (131 de 253) y han impulsado espacios de reflexión sobre el trabajo reproductivo, los cuidados y la valorización de sus

aportes invisibilizados. Este reconocimiento colectivo de la esfera doméstica y de los afectos permite hablar de una “politicidad de lo doméstico”, donde el cuidado cotidiano se expande hacia las redes agroecológicas y las relaciones con la naturaleza.

En el plano organizativo, la RAU combina autonomía y antagonismo: desarrolla experiencias locales autogestionadas al tiempo que disputa políticas públicas, como la aprobación del Plan Nacional de Agroecología (2018), junto a otras organizaciones como la Red de Semillas Nativas y Criollas del Uruguay, la Red de Huertas Comunitarias del Uruguay y la Red de Grupos de Mujeres Rurales. Aunque el plan carece de financiamiento adecuado, su existencia institucional refleja la incidencia de las redes en el ámbito público, y la presión para fortalecer los procesos de transición agroecológica. En esa línea también se oficializó el Día Nacional de la Agroecología (3 de setiembre) como forma de reivindicación y festejo. Al mismo tiempo, la RAU participa en luchas socio-ambientales contra la Ley de Riego, el monocultivo forestal, la aprobación de semillas transgénicas y el uso de agrotóxicos, articulándose con otras organizaciones como la Comisión Nacional en Defensa del Agua y la Vida, la Coordinación por el Agua y la Comisión Nacional de Fomento Rural.

Esta forma política que encastra resistencia-autonomía o antagonismo-alternativa muestra una gran potencia de acción y afecto: al mismo tiempo que se crea y sostiene la alternativa en los predios concretos y las redes de relaciones sociales arraigadas, se defiende y denuncia la destrucción local y regional, se participa en luchas que exceden los límites del alambrado del predio. Se construye desde abajo un poder colectivo ensamblado al territorio, que lo conoce de cerca, pero que a la vez se involucra en la defensa de los bienes comunes. De alguna manera construye hoy el mundo que reivindica discursivamente, materializa en experimentaciones concretas (prefigurativas) las transformaciones que impulsa más allá de sus predios. A diferencia de construir exclusivamente demandas centradas en el Estado y los derechos ciudadanos, construye en su hacer concreto la transformación que exige.

La agroecología, así, no sólo transforma los modos de producir y consumir, sino también las sensibilidades y temporalidades del habitar. Su práctica cotidiana encarna una ética de la interdependencia y la ecodependencia: cuidar el suelo, compartir saberes, organizar ferias y cooperativas, y reconstruir los lazos comunitarios en territorios rurales fragmentados. En contraste con el metabolismo extractivo del agronegocio, la agroecología uruguaya afirma un modo de existencia que vincula cuerpo, tierra y comunidad, configurando una forma de habitar que está —como señalamos en el artículo Rieiro, Pena y Karageuzián (2023)— “en-contra-y-más-allá” del capital y del extractivismo neocolonial. Produce y reproduce alimentos, medicinas y formas de organización socio-políticas para responder a las necesidades locales, a ritmos y valorizaciones locales, desanclándose de los mandatos del agronegocio y las cadenas globales de valor.

Reflexiones finales

A lo largo del territorio hoy denominado Uruguay visualizamos una dualidad socio-metabólica: de manera extendida, dominante y promovida por empresas y sucesivos gobiernos, el agronegocio impone su paquete tecnológico (monocultivo, grandes extensiones, insumos químicos, gran maquinaria con energía fósil e ingeniería agroindustrial) generando alta rentabilidad, a costa de concentrar la tierra, arrasar con la memoria local y sus sitios arqueológicos-sagrados, profundizar la migración rural-urbana e intoxicar cuerpos y territorios con el uso intensivo de biocidas. Este modo de deshabitar y producir commodities es una clara expresión de la fractura socio-metabólica del capital (Bellamy Foster, 2000),

centradas en la acumulación de riqueza y la exportación de naturaleza desvalorizada, desde las neocolonias a las metrópolis contemporáneas. Como vimos anteriormente, la agroindustria arroceras es un reflejo de este modelo: producir cantidades de “alimento” barato y altamente rentable, ocultando y despreciando las consecuencias sobre trabajadores/as, vecinos/as, territorios, memorias y la profundización de la desigualdad. Su producto llega a las mesas como mercancía industrializada barata, nuevamente intoxicada en el proceso de empaquetado (con conservantes y fungicidas), para base alimenticia de las masas asalariadas y excluidas. Al mismo tiempo desarraiga los cuerpos de los territorios, al volver inhabitable la región por la destrucción de ecosistemas, el acaparamiento de tierras y aguas, el hipercontrol en sus enclaves y pueblos privados, y la sistemática intoxicación con plaguicidas.

En contraste, la producción agroecológica, con su cuidado del suelo y de los vínculos que se extienden del hogar al ecosistema, resiste e insiste en un socio-metabolismo enlazado a los ciclos, ritmos y diversidad propia de la trama de la vida. Enfocada en la producción de alimentos sanos para la cercanía, creando modos específicos de producir y habitar en cada territorio, protege el arraigo en comunidades locales fortalecidas, con mayores niveles de autonomía y creatividad, intercambios continuos, recuperación de saberes ancestrales, y protección de la biodiversidad como base de la salud cuerpo-territorio.

Destacamos que los distintos modos de habitar y producir analizados presentan temporalidades y vinculaciones entre el cuerpo y el territorio diferentes: mientras que la lógica de la rentabilidad organiza mayormente la agroindustria, la estacionalidad y el cuidado de la trama de la vida en su diversidad cobra mayor importancia en la agroecología. Los regímenes promueven sensibilidades diferentes, que van desde la desafección y desarraigo a la empatía ambiental. En ambos modelos, los cuerpos son territorio de inscripción de las políticas alimentarias: en el arroz, cuerpos expuestos a químicos y ritmos extenuantes del commodity; en la agroecología, cuerpos que curan y regeneran tramas. Ante la crisis actual se hace ineludible la experiencia sensible del habitar para pensar el metabolismo social.

En este sentido, el desgarrar y arraigo funcionan como dos metáforas que conviven en el socio-metabolismo actual, ejemplificando los modos sobre los cuales avanza la fractura ecológica y las resistencias-alternativas desde la conformación de tramas agroalimentarias arraigadas. La pregunta por los modos de habitar el alimento nos permite re-pensar la política más allá de la producción, como forma de existencia situada, a través de las tramas de la vida singulares. En el cruce entre cuerpo, territorio y alimento se abren horizontes para una ecología política que piense la justicia ambiental y social desde las prácticas cotidianas que se configuran en el habitar.

Referencia bibliográfica

Alegre, Mariana; Guigou, Bruno; Fonsalía, Andrés; Frank, Nicolás; Hahn, Martín; Heinzen, Jimena; Mendy, Mariana; Quintero, Jimena; Rodríguez, Nicolás; Russi, Erik & Vadell, Mariana (2014). *Los trabajadores arroceros de la cuenca de la Laguna Merín: Análisis de su situación de salud*. Universidad de la República, Espacio Interdisciplinario.

Bellamy Foster, John (2000). *La ecología de Marx*. Ediciones de Intervención Cultural / Viejo Topo.

Campamento de Salud. (2025). *Actualización de resultados del Campamento de Salud en Villa 18 de Julio*.

Carrasco Bengoa, Cristina & Rodríguez Enríquez, Corina (Eds.). (2023). *Voces desde las economías feministas: Resistencias, arraigos, cuidados*. Madreselva.

Giraldo, Omar Felipe & Toro, Ingrid (2020). *Afectividad ambiental: Sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. El Colegio de la Frontera Sur; Universidad Veracruzana.

Kruk, Carla; Gascue, Andrés; Bortolotto, Noelia; Rodríguez-Lezica, Lorena; Delbene, Lucía; González, Solana; Martínez, Gastón; de la Rosa, Andrés & Gianotti, Camila (2022). Problemáticas socioambientales en el territorio hidrosocial de la Laguna Merín: Aportes desde la interdisciplina. *Revista Uruguay de Antropología y Etnografía*, 7(2).

Machado Aráoz, Horacio (2021). Violencia extractivista y socio-metabolismo del capital. *Boletín Onteaiken*, (32).

Martínez, Edgardo; Delgado, Martí & Pedrosa, Rodrigo (2019). *Lógicas territoriales del Uruguay agroexportador: Un análisis de implicancias espaciales de las principales cadenas productivas agroindustriales del país*. MVOTMA; FADU-Udelar.

Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca. (2024). *Anuario estadístico agropecuario 2024*.

Moore, Jason (2016). El fin de la naturaleza barata: O cómo aprendí a dejar de preocuparme por “el” medioambiente y amar la crisis del capitalismo. *Relaciones Internacionales*, (33).

Pena, Daniel (2025). *Transformaciones en el tejido cuerpo-territorio asociadas a la expansión forestal en Uruguay* [Tesis de maestría, Universidad de la República].

Piñeiro, Diego (2010). Concentración y extranjerización de la tierra en el Uruguay. En *Las agriculturas familiares del MERCOSUR: Trayectorias, amenazas y desafíos*. CICCUS.

Piñeiro, Diego & Cardeillac Gulla, Joaquín (2014). Producción familiar y agronegocios: Dos modelos en conflicto. *Revista ALASRU*, (10).

Rieiro, Anabel (Coord.), Cauci, Adriana; Zino, Camilo; Pena, Daniel; Castro, Diego; Risso, Fernanda; Muníz, Florencia & Pérez, Leticia (2023). *Alimento como trama de vida: Configuraciones socio-económicas en el Uruguay contemporáneo*. Universidad de la República.

Rieiro, Anabel, & Karageuzián, Gonzalo (2020). Agroecología y disputas sobre el desarrollo rural en Uruguay. *Mundo Agrario*, 21(47), e147.

Rieiro, Anabel, Pena, Daniel, & Karageuzián, Gonzalo (2023). La agroecología como modo de existencia: La Red de Agroecología en el Uruguay contemporáneo. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 1(41), 54–66.

Rossi, Leonardo (2023). *Teoría política de la comida: Una crítica ecológico-comunal en tiempos de colapso* (1ª ed.). Muchos Mundos Ediciones.

Santos, Carlos; González Márquez, María Noel & Saguinetti, Martín (2021). El agua como subsidio ambiental del agronegocio en Uruguay. En Alonso, Aleida Azamar; Silva Macher, Jose Carlos & Zuberan, Federico (coords.) *Economía ecológica latinoamericana*. CLACSO.

Souto, Gonzalo; Tommasino, Humberto; Errea, Eduardo & Sader, Mayid (2018). *Logística de las cuatro principales cadenas agroindustriales del Uruguay*. Banco Interamericano de Desarrollo.

Del País de las Manzanas a Vaca Muerta: disputas territoriales y ecología política del alimento en el Alto Valle

Martín Medina¹

Introducción

El territorio conocido como el *País de las Manzanas*, habitado ancestralmente por el pueblo mapuche y el pueblo tehuelche, reconocidos en su momento por el Estado argentino, sufrió un drástico proceso de transformación a partir de la mal llamada “Campaña del Desierto”.² Tras la anexión violenta al proyecto estatal, estas tierras pasaron a integrar las provincias de Neuquén y Río Negro. A lo largo del siglo XX, la construcción de grandes obras hídricas permitió domesticar los ríos Neuquén, Limay y Negro dando origen al Alto Valle, un espacio agrícola disputado entre chacareros, comunidades mapuches y el estado provincial, dicho territorio se consolidó como una de las principales regiones frutícolas del país.

Hoy, ese mismo territorio se encuentra atravesado por nuevas disputas, signadas por la lógica hiper-extractivista de las corporaciones petroleras en torno a Vaca Muerta. En esta breve reflexión, se analizan algunas continuidades y rupturas de estas luchas territoriales, mostrando cómo los sentidos de la tierra, el agua y el alimento se reconfiguran bajo distintos regímenes de apropiación y de resistencias. El recorrido busca hacer un aporte a la ecología política del alimento desde una mirada situada, visibilizando las tensiones entre modos de vida comunitarios y las dinámicas extractivas que amenazan la reproducción de la vida en el Abya Yala.

Del País de las Manzanas al Alto Valle: génesis de un territorio productivo

El presente escrito se propone dar cuenta de una serie de transformaciones territoriales y de modos de vida que se han producido en el actual territorio denominado Alto Valle, ubicado en el norte de las provincias de Río Negro y Neuquén, sobre el curso medio y superior de los ríos Negro, Limay y Neuquén. El nombre con el que hoy se identifica a esta región es el resultado de un proceso de profunda modificación de un paisaje árido y de relieve llano, transformado por medio de grandes obras hídricas que hicieron posible el cultivo intensivo de peras y manzanas, convirtiéndolo en el principal polo frutícola del país en la actualidad.

Esta transformación del territorio comenzó con la llegada de congregaciones jesuíticas y salesianas, quienes introdujeron en la Patagonia especies frutales exóticas, inexistentes hasta entonces en la zona. Con el paso de los años, estos cultivos se expandieron y perfeccionaron, dando lugar a formas de producción cada vez más tecnificadas e intensivas, que fueron modificando tanto el paisaje como las dinámicas sociales de la región.

Antes de ser conocido como el Alto Valle, este territorio era identificado como el *País de las Manzanas*, denominación que guarda vínculo con el reconocimiento territorial del líder mapuche-tehuelche Valentín Saygüequé, reconocido por el Estado argentino como cacique y gobernador de la zona bajo el mencionado nombre. Saygüequé mantuvo una relación

¹ Magíster en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad por la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, profesor en filosofía por la misma casa de estudio, investigador en IICE-FFyL, coordinador del Grupo de Trabajo Ecología Política del Sur/ Abya Yala.

² La denominada “Campaña del Desierto” fue una ofensiva militar impulsada por el Estado argentino entre 1878 y 1885, durante el gobierno de la llamada Generación del 1880, con el propósito de expandir las fronteras nacionales hacia el sur y someter a los pueblos originarios que habitaban la Patagonia. Este proceso, hoy comprendido como un genocidio constituyente, fue culminado por el general Julio Argentino Roca y resultó en el desplazamiento y exterminio de comunidades mapuches, tehuelches, ranqueles y pampas. Campañas similares se extendieron luego hacia el norte del país, afectando a otros pueblos como los wichí, qom, mocoví, pilagá y guaraní.

ambivalente con el Estado nacional, el cual se encontraba en conformación territorial e institucional: por momentos de cooperación por medio de la firma de tratados de paz, y por otros de abierta resistencia frente al avance militar. Con el inicio de la llamada “Campaña del Desierto” en 1878, se convirtió en uno de los principales referentes de la resistencia indígena frente al proyecto estatal expansionista.³

La gran transformación territorial que dio origen al actual Alto Valle se desarrolló sobre las huellas de lo que puede comprenderse como un genocidio constituyente: un proceso sistemático de persecución, desplazamiento forzado y exterminio hacia los pueblos originarios, principalmente en esta región al pueblo mapuche. El desplazamiento de comunidades se impulsó por parte del Estado argentino para consolidar su soberanía territorial y establecer una cultura homogénea (Bayer, 2010). La ocupación militar fue seguida por la apropiación de extensas superficies de tierra, que pasaron a integrarse al circuito productivo nacional y a la economía capitalista mundial.

A diferencia de la región pampeana, donde el modelo resultante de la “Campaña del desierto” derivó en grandes latifundios ganaderos, en el Alto Valle se implementó una estrategia distinta: la subdivisión de las tierras y su venta a pequeños y medianos productores. Los capitales ingleses, principales impulsores de la infraestructura ferroviaria y de transporte entre Bahía Blanca y el Valle, evitaron inmovilizar sus inversiones en la propiedad de la tierra. Prefirieron transferirla a los chacareros locales, quienes eran colonos recién llegados, mientras concentraban su participación en los sectores más rentables del circuito: el transporte, el acopio y la exportación de la fruta.

Del chacarero al petrolero: mutaciones del trabajo y del paisaje

De este modo, como se señala en *Semillas del futuro* (Roig, Cartona y Álvarez 2025)⁴, en la región se consolidó una forma particular de subjetividad productiva: la del chacarero, pequeño o mediano propietario dedicado al cultivo de peras y manzanas para la exportación. Este actor social encarna el último eslabón de una cadena económica organizada desde su origen por capitales foráneos y sostenida por el trabajo familiar local, en una estructura de dependencia que orientó la producción hacia el mercado externo y dejó el control de la comercialización en manos de intereses ajenos al territorio. Con el paso del tiempo, los capitales cambiaron de propietarios y de escala, pasando de empresas inglesas a grupos nacionales concentrados y luego a consorcios transnacionales. En este proceso, el chacarero —figura fundacional del Alto Valle— requirió de un trabajo intensivo que involucraba a toda la familia y, posteriormente, a trabajadores temporarios contratados para las cosechas.

Esta subjetividad, que durante gran parte del siglo XX definió la identidad económica y cultural del Alto Valle, hoy se encuentra en tensión frente a las nuevas dinámicas extractivistas. En la misma zona donde se consolidó la economía frutícola, avanza la explotación no convencional de hidrocarburos (a partir de ahora HNC) —conocida como *fracking*—, promovida como motor de desarrollo bajo la marca de Vaca Muerta. El nombre remite originalmente a una formación geológica ubicada en la Cuenca Neuquina, en el norte

³ Para un estudio minucioso respecto a la figura de Saygüequé se recomienda la lectura de la obra de Julio Esteban Vezub (2009) *Valentín Saygüequé y la “Gobernación indígena de las Manzanas”, Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)*, Buenos Aires, Prometeo. En particular se recomienda el capítulo 2, “El País de las Manzanas y el linaje Chocorí-Saygüequé.”

⁴ Agradezco a Leonardo Rossi por haberme recomendado la obra de Diego Pérez Roig, Emiliana Cortona y Gerardo Álvarez (2025), *Semillas de futuro: diálogos para la transición energética y agroalimentaria en Norpatagonia* (1.ª ed., La Plata: Fanbook). El libro reúne una serie de conversaciones que ofrecen un panorama accesible y riguroso sobre los conflictos socioambientales del Alto Valle, junto con reflexiones sobre la transición energética y los modelos alternativos de vida y alimentación desarrollados en la región. En este escrito nos referiremos a varias de esas conversaciones señalando los nombres de quienes han sido entrevistados.

de la Patagonia argentina, que abarca más de 36.000 km² y se extiende sobre las provincias de Neuquén, Río Negro, La Pampa y Mendoza. Sin embargo, el término trascendió su sentido geológico para convertirse en emblema de un megaproyecto extractivista de alcance nacional e internacional. En torno a él se articula un amplio consenso político que presenta la explotación de HNC como vía hacia la soberanía energética y fuente necesaria de divisas, invisibilizando sus impactos ambientales, sociales y territoriales.

En este nuevo escenario, la figura del chacarero es progresivamente reemplazada por la del petrolero, vinculada a un modelo laboral intensivo y de altos ingresos que reconfigura las formas de consumo y altera la estructura social y urbana del valle. Los costos de vida y los alquileres se incrementan, las áreas urbanizadas avanzan sobre las tierras productivas y el tejido comunitario que sostenía la economía frutícola se ve erosionado por la expansión del capital hiper-extractivo. Solo para darnos una idea podemos mencionar que la diferencia salarial se amplía de manera abrumadora entre el sector petrolero y los distintos rubros de la trama productiva de las localidades que se ven en pleno crecimiento debido al megaproyecto Vaca Muerta. En este sentido, Fernando Meaños (2019) indica: “Los últimos datos disponibles (septiembre de 2018) indican que mientras el salario promedio de la industria petrolera se ubica en \$144.000, en la construcción es de \$42.000, en la gastronomía es de \$23.000, en la docencia es de \$21.000 y en el turismo \$28.000”.⁵

Como narra Mariastella Svampa en *Chacra 51*, esta superposición de mundos —entre peras, manzanas y torres de perforación— expresa el tránsito de una economía agraria hacia una lógica extractiva que redefine los vínculos con la tierra, el agua y la comunidad. Su relato autobiográfico del Alto Valle muestra cómo la fractura hidráulica irrumpe en territorios agrícolas familiares, evidenciando la continuidad del despojo bajo nuevas formas tecnológicas y corporativas. En este nuevo escenario, las chacras y los pozos petroleros generan paisajes de (in)convivencia donde la vida cotidiana se ve afectada por la expansión urbana, la contaminación y la pérdida de soberanía territorial y alimentaria.

En esta misma línea, tal como señala Luis Tiscornia “Desde el 2009 al 2021 (...) la tierra dedicada a la producción descendió entre 10 mil y 13 mil hectáreas, un 25 por ciento de la superficie total” (en Roig, Cartona y Álvarez, 2025: 127). De esta manera, se explica la constante desaparición de los pequeños productores y el achicamiento de la superficie productiva que se adecúa a un mercado mucho más restringido. Estos números que son alarmantes, se relacionan con los planteos de Agustín González, quien indica que “la chacra frutícola no deja de prestar un *servicio ambiental secuestrando carbono*, al mismo tiempo que produce un bien económico” (en Roig, Cartona y Álvarez, 2025: 142, cursivas propias).

En este sentido, el modelo productivo del Alto Valle, si bien debe estudiarse, debatirse públicamente y cuestionarse desde su fundación hasta la actual repartición de beneficios por la exportación de frutas, es un modelo productivo que se puede sostener a largo plazo. En el 2024 el Alto Valle exportó aproximadamente 345.340 toneladas de pera y alrededor de 74.500 toneladas de manzanas, según el informe de Senasa.⁶ En este sentido, esta producción frutícola se puede sostener a perpetuidad y puede modificarse no para satisfacer un mercado internacional sino las necesidades de las poblaciones que lo habitan, diversificando los cultivos y proponiendo formas que no requieran de agroquímicos indispensables para los monocultivos de frutas. Esta práctica intensiva de cultivo comienza a ser asediada por el

⁵ Para el desarrollo completo de este análisis sobre desigualdades salariales y los riesgos socioeconómicos asociados a la rápida expansión hidrocarburífera en la Norpatagonia, véase Meaños (2019). <https://opsur.org.ar/2019/03/22/vaca-muerta-los-riesgos-de-hacerse-rico-demasiado-rapido/>

⁶ SENASA son las siglas del Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria, un organismo argentino responsable de ejecutar las políticas de sanidad animal y vegetal, y de la inocuidad y calidad agroalimentaria. Para acceder a las estadísticas de producción y exportación, se puede consultar Senasa (2025), Anuario Estadístico 2024 – Centro Regional Patagonia Norte. Argentina.

modelo de los HNC, los cuales disputan el territorio y aunque algunos discursos políticos plantean la posibilidad de que convivan, es a los ojos contradictorio ver los despliegues de las torres de perforaciones petroleras al lado de las chacras.

En este sentido, en ambos modelos productivos, el chacarero y el hidrocarburífero, conlleva a desplazamientos territoriales del pueblo mapuche —despojado de sus territorios de manera abrupta durante la llamada “Conquista del Desierto”— continúa siendo hostigado hasta el presente. En su momento, las comunidades fueron privadas de sus modos de vida nómade. Seguidamente, se les impidió asentarse a la vera de los ríos o espejos de agua, luego algunas comunidades por medio de procesos de resistencia y demandas hacia el Estado consiguieron asentarse en la meseta neuquina, que es precisamente el territorio donde hoy se concentran la mayoría de las perforaciones de HNC. La historia del despojo, por tanto, no ha cesado: se ha reconfigurado bajo nuevas tecnologías y discursos de modernización.

Frente a este escenario, el pueblo mapuche sostiene con firmeza la defensa del territorio, del agua y de modos de vida sustentables en el discurso y la práctica. Como señala Pety Piciñam, la idea de “progreso” que legitima los megaproyectos extractivos no es sino la continuidad de un proyecto de muerte que acompaña desde sus orígenes la conformación del Estado argentino. La misma lógica civilizatoria que en el siglo XIX justificó la conquista y el exterminio reaparece hoy bajo ropajes tecnológicos y promesas de desarrollo, sustentada en una visión de la naturaleza como recurso a explotar y no como espacio de vida compartida. En contraposición, el pueblo mapuche reivindica el *Kvme Felen* o buen vivir, una concepción que se opone a la idea de progreso ilimitado y que recupera la interdependencia entre los seres humanos, el territorio y las aguas que los sostienen (en Roig, Cartona y Álvarez, 2025: 69).

Agroecologías del porvenir: resistencias y transiciones posibles

Este territorio en disputa, donde se rediseñan necropolíticas de despojo y control, también ha sabido resistir de manera sostenida a los embates del capital. No debe perderse de vista que este suelo árido —transformado por grandes proyectos hídricos y pensado originalmente como un polo exportador de frutas— puede convertirse hoy en un faro para la agroecología, debido a la resistencia del pueblo mapuche, chacareros que se ven afectados por el uso de tierras para la industria de HCN, como diversas asambleas por el agua y espacio de investigación crítica respecto de los efectos del extractivismo. El Alto Valle posee una larga historia de conexión con la tierra, de manejo del agua y de prácticas colectivas de cultivo y siembra que conforman una memoria productiva disponible para ser incentivada.

En esta línea, Rodrigo Tizón plantea que la agroecología implica un verdadero cambio de paradigma, en tanto confronta con el extractivismo y con los modos de concebir la alimentación, el consumo y la producción propuestos por el capitalismo. Supone una primacía ética que interpela todas las formas de explotación —entre los propios seres humanos y entre estos y la naturaleza— y que valora los procesos, los ciclos y la diversidad frente a la monocultura que busca convertir la vida en una mercancía (en Roig, Cartona y Álvarez, 2025: 165).

Estas reflexiones dialogan con los aportes de Claudia Dussi y Liliana Flores, quienes, desde una agroecología ecofeminista y comunitaria, sostienen que pensar desde la agroecología implica cuestionar los “imperios alimentarios” y la matriz productiva sobre la cual se constituyó el Alto Valle. Proponen así una reconversión de los modos de cultivar, orientada a producir para nutrir y no para hacer negocios (en Roig, Cartona y Álvarez, 2025: 179). En esta perspectiva, la agricultura supone revisar el uso de la energía y de los bienes naturales —tanto fósiles como renovables—, recordando que el suelo y el agua también se agotan cuando se interrumpen sus ciclos naturales o no se les permite el tiempo necesario para regenerarse. La agroecología también cuestiona el uso de agroquímicos en los alimentos y propone una

cadena de cuidado de los alimentos y la alimentación, generando una comunidad entre productores y prosumidores.

La agroecología, entonces, se presenta como un modo de recomponer el tejido social, una apuesta por la comunidad y una invitación a repensar colectivamente los modos de habitar y sostener la vida. Se propone como un diálogo de saberes, que trasciende la lógica disciplinar —e incluso su variante interdisciplinar— para articular distintos modos de concebir el conocimiento. En este entramado, los saberes populares son reconocidos y puestos en valor, y los saberes ancestrales de los pueblos originarios se tornan insumos indispensables para pensar las resistencias frente al avance del extractivismo y para imaginar horizontes de vida más justos y sostenibles.

El recorrido histórico del territorio conocido hoy como Alto Valle permite leer, en sus sucesivos nombres, las huellas de distintas formas de apropiación, disputa y resistencias. Del *País de las Manzanas* —territorio ancestral mapuche y tehuelche reconocido en su momento por el Estado argentino— al Alto Valle como enclave frutícola del siglo XX, y de allí a Vaca Muerta, primero como formación geológica y luego como emblema del megaproyecto extractivista contemporáneo, se dibuja una trama de continuidades y rupturas. Cada denominación encierra una forma de mirar y de intervenir el territorio, de definir qué vidas importan y cuáles pueden ser sacrificadas en nombre del progreso.

Sin embargo, junto a cada ciclo de despojo emergen también resistencias y horizontes de reexistencia. Desde la resistencia mapuche frente a la conquista y al avance petrolero, hasta las prácticas agroecológicas que hoy buscan recomponer los vínculos entre comunidad, agua y alimento, el territorio ha sido escenario de disputas donde se enfrentan dos proyectos civilizatorios: uno que concibe la naturaleza como reserva de recursos a explotar y otro que la reconoce como matriz de vida compartida. En este presente de crisis socioambiental, la tensión se vuelve urgente: pensar, antes de un colapso mayor, una transición organizada hacia la desfosilización de nuestras economías y hacia modos sustentables de producción, distribución y consumo de alimentos.

Puntuaciones finales para escuchar la tierra

El Alto Valle, nacido de una propuesta colonialista orientada a crear un polo productivo frutícola destinado a la exportación, transformó a partir de obras hídricas un territorio árido en una zona fértil y próspera para múltiples cultivos. Sin embargo, de esa diversidad potencial solo se promovió el monocultivo de peras y manzanas, cuya cosecha estival organizó durante décadas la economía regional. Hoy, con mínimas adaptaciones en la red de riego existente, sería posible impulsar la horticultura y fortalecer la producción de alimentos para el mercado interno, favoreciendo circuitos cortos de distribución y precios justos. Desde esta perspectiva, la agroecología se presenta como una alternativa integral: un modo de producir y consumir, pero también de politizar los modos de vida desde la horizontalidad y el vínculo con la tierra.

Si bien la agroecología aún no constituye la forma de producción predominante en el Alto Valle, existen condiciones sociales, históricas y territoriales que permiten imaginar su expansión. A ello se suma el trabajo de instituciones y colectivos de investigación de la región, cuyas experiencias pioneras en el país y en América Latina⁷ han abierto diálogos con organizaciones locales e internacionales, consolidando redes de saberes comprometidas con la transición hacia un futuro pos-extractivista y sustentable.

⁷ Tal como señalan Dussi y Flores, la Facultad de Ciencias Agrarias de la Universidad Nacional del Comahue, a través de la carrera de Ingeniería Agronómica, ofrece una sólida formación en agroecología. Además, junto con el INTA, diversos municipios y actores locales, participa en la conformación del Nodo Agroecológico Territorial (NAT), promoviendo prácticas y redes de producción sustentable en la región (en Roig, Cartona y Álvarez, 2025: 180).

Sin embargo, no se puede desconocer, que mientras se redacta este texto, el pueblo mapuche junto a otras organizaciones de derechos humanos y movimientos sociales encabeza la campaña “Salvemos al Mari Menuco”⁸, en defensa del lago que abastece de agua a todo el Alto Valle. El río Neuquén alimenta este espejo de agua a través del sistema de embalses del complejo Cerros Colorados, y sus caudales son esenciales para el equilibrio hídrico de la región. Sin embargo, el decreto provincial 276/25 del gobierno de Neuquén habilita la realización de perforaciones para la extracción no convencional de hidrocarburos en las áreas Angostura Sur I y II, ubicadas en el istmo que conecta los lagos Mari Menuco y Los Barreales. Esta decisión profundiza la disputa territorial al poner en riesgo el principal reservorio de agua de la región y, con él, las bases mismas de la vida en el Alto Valle. En esa encrucijada se juega hoy el futuro del territorio: entre la persistencia de un modelo que agota y la posibilidad de (re)imaginar colectivamente formas de habitar que, en lugar de fracturar la tierra, la escuchen y la acompañen en su regeneración.

Referencia bibliográfica

Bayer, Osvaldo (Comp.). (2010). *Historia de la crueldad argentina*. El Tugurio.

Meaños, Fernando (2019). *Vaca Muerta: Los riesgos de hacerse rico demasiado rápido. Análisis sobre desigualdades salariales y efectos socioeconómicos*. Observatorio Petrolero Sur. <https://opsur.org.ar/2019/03/22/vaca-muerta-los-riesgos-de-hacerse-rico-demasiado-rapido/>

Pérez Roig, Diego; Cortona, Emiliana & Álvarez, Gerardo (2025). *Semillas de futuro: Diálogos para la transición energética y agroalimentaria en Norpatagonia* (1ª ed.). Fanbook.

Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria. (2025). *Anuario estadístico 2024: Centro Regional Patagonia Norte*. Argentina.

Svampa, Maristella (2018). *Chacra 51: Regreso a la Patagonia en los tiempos del fracking*. Sudamericana.

Vezub, Julio Esteban (2009). *Valentín Saygüeque y la “Gobernación indígena de las Manzanas”: Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860–1881)*. Prometeo.

⁸ Para seguir la campaña “Salvemos al Mari Menuco” que es integrada por diversas organizaciones sociales se recomienda seguir las siguientes páginas: Campaña “Salvemos al Mari Menuco”. (s.f.). Instagram. Recuperado el 24 de octubre de 2025, de <https://www.instagram.com/salvemoselmarimenuco>; Confederación Mapuche de Newken. (s.f.). Instagram. Recuperado el 24 de octubre de 2025, de https://www.instagram.com/confederacion_mapuce_de_newken

Huertas comunitarias en los márgenes del agronegocio en Chile

Ammy Nuñez Riquelme¹

Alexander Panéz Pinto²

Introducción

Desde campos como la ecología política y los estudios agrarios críticos se ha analizado largamente cuáles son los principales rasgos de la forma dominante de producción agrícola a nivel global. Régimen alimentario corporativo (McMichael, 2013), agronegocio (Palmisano, 2018) y agroextractivismo (McKay et al., 2021; Giraldo, 2018) son algunas de las conceptualizaciones que se han propuesto para entender el momento agroalimentario contemporáneo.

Un consenso entre estas lecturas críticas es que nunca antes en la historia de la humanidad hubo tanta desconexión entre los lugares de producción de alimentos y los lugares en que estos son consumidos, con todas las implicancias socio-eco-políticas que dicho proceso conlleva. Al separar a las personas de los territorios que alimentan su vida, el modelo hegemónico reorganiza cuerpos, prácticas y relaciones según su conveniencia, instalando lógicas de control que transforman la alimentación en un objeto de mercado y no en un acto relacional, ecológico y cultural. Esto debilita automáticamente los vínculos afectivos y materiales que históricamente unían a las comunidades con la tierra. La dependencia creada por este modelo opera precisamente alimentándose de la crisis socioecológica que él mismo profundiza, a la vez que impone *qué comer* y *cuándo*, erosionando prácticas alimentarias tradicionales y desdibujando los ritmos estacionales guiados históricamente por la naturaleza.

Otro foco de las investigaciones críticas ha estado en comprender las resistencias agroalimentarias y, en particular, las luchas de movimientos como la Vía Campesina y la propagación de la agroecología como alternativa desde los pueblos. Estas iniciativas no sólo cuestionan el dominio del agronegocio, sino que reconstruyen el metabolismo social con la naturaleza, restableciendo los lazos con la tierra y reactivando así la memoria biocultural a través del rescate de saberes que el sistema hegemónico ha intentado sepultar (Machado y Rossi, 2020). En esta clave, el metabolismo social deseable es aquel que permite sostener la vida sin sobrepasar la biocapacidad de la Tierra y que pueda mantenerse en el tiempo (Herrero, 2016). La agroecología se presenta entonces, no como una estrategia orientada a la productividad, sino como una apuesta por la proximidad. Reivindica esta última como un principio, proximidad con la naturaleza, entre quienes la habitan y con los tiempos de la tierra y de la vida. Son espacios que germinan nuevas formas de alimentarse, convivir y re-existir; y que, aunque sean pequeños, brotan con fuerza y anuncian otras formas de relacionamiento acordes con el pasado y el presente

Nos parece que es importante colocar en reflexión ambos énfasis. Porque creemos que queda corto quedarnos en la crónica del despojo del actual sistema agroalimentario sin vislumbrar los agenciamientos que están ocurriendo en los diferentes territorios. Y, por otro lado, nos

¹ Carrera de Trabajo Social, Universidad del Bio-Bio, Chile.

² Departamento de Estudios Territoriales y Diálogos Interculturales, Universidad de Playa Ancha, Chile. Integrante de Causeos: Colectivo de Investigación en Territorios Rurales.

parece que es miope una mirada que no sitúa las experiencias agroecológicas alternativas dentro de la profundización del contexto expropiatorio para los pueblos. En esa reflexión conjunta, sobre todo vemos que poco se ha hecho para entender mejor los intersticios, aquellas resistencias menos explícitas ni de confrontación abierta, pero que están generando formas de repolitización agroalimentaria en los territorios.

En este escenario, nuestra reflexión busca aportar a entender cuáles son las principales particularidades de la trayectoria del agronegocio en Chile y cuáles son algunas claves políticas que se tejen desde sus márgenes, tomando como ejemplos las experiencias de huertas comunitarias en barrios populares. Para ello, nos basamos en el acompañamiento a la trayectoria de huertas comunitarias en el Gran Concepción (región del Biobío, centro-sur del país), lideradas principalmente por mujeres huerteras.³ Con ellas se realizaron talleres denominados “La Olla Sabia” que buscaron reconocer y valorar los saberes, memorias y significados de las huertas.⁴ A través de recorridos, selección de elementos y diálogo colectivo, explora experiencias, transformaciones territoriales y la relación pasada y presente de las comunidades con la naturaleza.

Territorialización del agronegocio en Chile

Dentro de la discusión crítica sobre la producción agrícola contemporánea, agronegocio es un concepto que hemos desarrollado en escritos anteriores para describir la realidad agrícola en Chile, entendiéndolo como: el modelo agrícola marcado por la creciente centralidad del capital en las distintas etapas de producción, circulación y consumo de alimentos (Gras y Hernández, 2013), la hegemonía de grandes corporaciones en el control de los sistemas agroalimentarios a escala mundial (McMichael, 2013), la sustitución progresiva de productos agrícolas por aquellos agroindustriales, el aumento del acaparamiento de tierras en países del Sur global (Borras et al., 2012), así como la intensificación de los procesos de mercantilización que afectan tanto a la tierra como al agua (Panez y Barraza, 2025).

Si bien no hay espacio, y tampoco es el objetivo hacer una discusión extensa sobre las diferentes terminologías críticas, nos inclinamos a hablar de agronegocio para colocar énfasis en la capitalización creciente en la producción agrícola, dentro de lo que están implicados procesos de mercantilización, privatización y financierización. Poner énfasis en la extracción, como lo hacen conceptos como extractivismo y agro-extractivismo, tiende a sub-dimensionar los tres procesos mencionados. Sin embargo, remirando críticamente esta literatura, y

³ Dentro de la región del Biobío en Chile, las huertas comunitarias con las que se trabajó fueron la huerta Santa Amalia, ubicada en la comuna de Penco-Lirquén, y en el Taller Social y Cultural de Semillas Tradicionales, en la comuna de San Pedro de la Paz. Ambas iniciativas nacen desde la organización comunitaria de mujeres, quienes, a partir de procesos autogestionados y colaborativos han logrado transformar espacios sin vida en territorios fértiles y significativos. La Huerta Santa Amalia surge en 2005 a partir del impulso de un grupo de vecinas que decidieron “recuperar” un terreno baldío, transformándolo en un espacio comunitario activo con invernaderos, áreas de cultivo individual y colectivo además de un fuerte vínculo con instituciones locales y ONG. Por su parte, la Huerta de San Pedro de la Costa inicia en 2023 con el apoyo de ONG CETSUR, creando el primer Banco de Semillas Orgánicas de San Pedro de la Paz, consolidándose como un espacio de aprendizaje agroecológico y de fortalecimiento comunitario.

⁴ Las experiencias que serán expuestas se enmarcan en un proyecto de investigación sobre huertas comunitarias, soberanía alimentaria y crisis climáticas desarrollado durante el año 2024, el cual se desarrolló con una metodología cualitativa basado en una investigación etnográfica con técnicas de recopilación de datos correspondiente a metodologías participativas.

haciendo un ejercicio autocrítico de nuestras propias investigaciones anteriores, nos parece que hay puntos ciegos y otros no relevados con la necesaria fuerza para comprender la territorialización contemporánea del agronegocio y los puntos de fuga frente a éste. Aquí es especialmente relevante para nosotrxs comprender que las diferentes formas de agricultura consisten en conjuntos de relaciones socio-ecológicas que material y simbólicamente moldean los territorios en su actividad de producir alimentos. Este carácter simbólico, jerarquiza y pone en movimiento concepciones de naturaleza, de saberes, y en general los sentidos comunes sobre qué es producir alimentos (Giraldo, 2018).

En el caso particular del agronegocio en Chile, el país experimentó una transformación radical de su agricultura iniciada con la reforma agraria de 1967-1973, que modificó la estructura colonial sustentada en la hacienda desde el siglo XVIII. Tras el golpe de 1973, este proceso fue reorientado por la dictadura cívico-militar, que aprovechó la reestructuración previa para impulsar una modernización capitalista de la agricultura. Entre 1973 y 1983 predominó la ortodoxia neoliberal, con la contrarreforma agraria, la mercantilización de la tierra y la consagración de la propiedad privada del agua como bien económico transable mediante el Código de Aguas de 1981. En este periodo también se liberalizaron los precios de los alimentos y se redujeron las barreras arancelarias. Un segundo momento de la política agraria de la dictadura, influido por la crisis económica de 1982, se caracterizó por un pragmatismo neoliberal, donde el Estado incrementó su regulación económica y apoyó al sector agroexportador mediante incentivos tributarios y la Ley 18.450 de 1985, que creó subsidios para inversión privada en riego. Tras la dictadura, los gobiernos de la Concertación conservaron el núcleo de la política agraria neoliberal, introduciendo “correcciones” centradas en apoyo técnico, la profundización de las exportaciones agrícolas — principalmente vía tratados de libre comercio— y la promesa de integrar a pequeños agricultores al proceso de modernización mediante asistencia y créditos. En este marco, se impulsaron exportaciones agrícolas no tradicionales, en particular fruta fresca, favorecida por ventajas como la contraestacionalidad y el clima templado del Valle Central.

Así, los principales rasgos contemporáneos del agronegocio en Chile han sido: la introducción temprana y radical de la neoliberalización de la producción alimentaria (posibilitada por su imposición violenta durante la dictadura); la narrativa de sofisticación del rubro agroexportador en la producción de frutas, a diferencia de modelos extensivos como los cultivos *flex* (soja, maíz, etc.) que predominan en otros países del cono sur; la afirmación de la propiedad del agua como un pilar central para la certeza jurídica y de activos para la inversión; y la transformación de la mano de obra para el trabajo agrícola. Esta transformación ha llevado a un paisaje profundamente desigual. Mientras las exportaciones agrícolas (especialmente frutícolas) han crecido un 372% entre 2003 y 2024 generando ganancias récord de 9.311 millones de dólares en el último año y consolidando el sector como el segundo mayor rubro exportador (luego del cobre), la FAO consigna el año 2025 que el 15,6% de la población vive con inseguridad alimentaria moderada o severa (Food and Agriculture Organization of the United Nations, 2025).

Territorios vivos frente al agronegocio: saberes, afectos y pensamiento crítico en la huerta

Frente a este avance del modelo del agronegocio surgen puntos de fuga desde los territorios que difieren con estas dinámicas productivas, buscando así la protección de la tierra, el agua, la cultura y las semillas. Uno de los espacios en resistencia que hemos visto en aumento son

las huertas comunitarias. Algo llamativo de las huertas comunitarias es que gran parte de ellas se emplazan en espacios urbanos y periurbanos. Desde posturas críticas, su potencial político ha sido subestimado en Chile al no encajar con las disputas por tierra y territorio en el espacio agrario. Sin embargo, las múltiples crisis acumuladas en los territorios han repercutido en desconexiones de la trama socio-natural que sostenía la vida familiar y comunitaria, y en precarizaciones de la vida en donde el propio alimento para el sustento se vuelve en riesgo.

Desde estas crisis, las huertas comunitarias emergen como territorios vivos que resisten desde la semilla, desde el cuerpo y desde el afecto. Esto nos lleva a una perspectiva que trasciende la mirada de la huerta como mero espacio productivo. Frente a la homogeneización del agronegocio, estos espacios cultivan diversidad, autonomía y esperanza que ponen en movimiento otras formas de habitar y alimentar. En ellas germinan prácticas y vínculos que se distancian parcialmente de las lógicas capitalistas, dando paso a modos de existencia que dialogan con la naturaleza en lugar de dominarla. Esto se hace evidente en las experiencias de huertas comunitarias del Gran Concepción (Chile) en donde se observa que estos espacios son contruidos mediante la reciprocidad y el encuentro de sus participantes. Una contabilización parcial de estas experiencias de huertas comunitarias, realizada junto a la ONG CETSUR, da cuenta de la existencia aproximada de seis huertas gestionadas comunitariamente en la región del Biobío durante el período 2022–2024, considerando un total de 357 m² habilitados por la organización. Cabe destacar que, en todas las experiencias conocidas, las huertas han ido ampliando progresivamente sus espacios de cultivo, extendiéndose sobre nuevos terrenos que anteriormente no eran productivos. Este crecimiento ha posibilitado la creación de espacios personales, comunitarios y de hierbas medicinales, dando cuenta de un proceso continuo de apropiación y transformación del territorio, donde superficies antes degradadas o inutilizadas comienzan a convertirse en terrenos fértiles y vivos.

Un abono nutritivo que sostiene estas experiencias es la crítica individual y colectiva a la maximización de ganancias del agronegocio. Esta constatación se contrasta con la memoria aún viva de las relaciones complejas y profundas que madres, padres y abuelas/os de las huerteras mantenían con el territorio al cultivar sus alimentos. Las huerteras con las que conversamos recuerdan que las antiguas prácticas de compartir lo cultivado era lo común en sus territorios campesinos: “Llevábamos una bolsita y sacábamos de cada cosita que teníamos en la huerta para regalar a otra persona; era una forma de mostrar lo que sembrábamos y comíamos” (Participante 1, HCF1). Reconocen que esto no eran acciones aisladas, sino tradiciones profundamente arraigadas, gestos simples pero cargados de sentido, que preservaban saberes y afectos.

Ese reconocimiento se basa en que varias de sus participantes provenían de territorios rurales y han recuperado aprendizajes desde estos espacios para las prácticas de *huerteo* en medio de las ciudades. Mientras sus manos son introducidas en la tierra nutritiva de los bancales de cultivo, hablan sobre el avance del agronegocio y los cambios de sus territorios: “Cualquier cosa que tú comas, que haya sido comprado en el supermercado o en la feria no tiene sabor a nada. Que ganas de masticar una manzana, con sabor a manzana” (Participante 2, HCSA). Entre sus narrativas es posible distinguir que sus rutinas se basan en tejer una red de sostenimiento entre ellas respecto a la socialización de las semillas, conocimiento, consejos e incluso cultivos. En el caso de la Huerta Comunitaria Santa Amalia, las integrantes conformaron una red de 18 mujeres huerteras agroecológicas las cuales comercializan productos de sus huertas personales en la comuna de Penco. Sobre esto una de sus

compañeras menciona que en el caso de no tener alguna verdura en su huerta les compra a sus compañeras: “Las verduras prefiero comprarlas a ellas. En vez de ir a la feria, yo no voy a la feria menos al supermercado, en cuanto a verdura todo sano” (Participante 3, HCSA)

Este posicionamiento no es aleatorio, las huerteras al llevar una vida conectada con aquello que le ha entregado la posibilidad de sostener a sus familias identifican y validan el valor de los productos de la huerta, en donde el origen y forma de vinculación con la tierra es fundamental en cómo los alimentos influyen en los cuerpos y la salud. Sobre eso, reconocen el sabor distintivo de sus cultivos, como también los colores vibrantes y los olores intensos que emanan de la huerta. Esto lo relacionan con las diferencias entre las semillas utilizadas (y algunas manipuladas) por el agronegocio y aquellas que cultivan en sus propias huertas. Así, además del cuestionamiento ampliamente difundido al agronegocio respecto a la baja calidad de sus alimentos, sus afectaciones a la salud alimentaria, la fractura que genera de los ciclos socio-naturales que posibilitan la reproducción de la vida, las huertas plantean una crítica que contrapone una experiencia sensitiva (colores, sabores, olores) y una estética que es potencia política concreta para oponerse al imperativo del modelo dominante.

Durante la vinculación con las huertas comunitarias fue posible reconocer la presencia de prácticas que evidencian la contraposición de un sistema alimentario que da vida y esperanza; “La semilla del tomate yo la he tenido siempre, desde hace dieciocho años la misma semilla” (Participante 2, HCSA). Esto refleja que las mujeres huerteras mientras buscan sostener la soberanía alimentaria de sus familias son coherentes al realizar prácticas que protegen los ciclos de la tierra, esto no es porque busquen el control de ella como el agronegocio sino más bien por una conexión con sus semillas y con la tierra, confiando en los tiempos que esta les rige. Las prácticas agroecológicas tienen la capacidad de dialogar con el lenguaje de la tierra. Durante las jornadas de trabajo fue posible identificar comentarios sobre el “cansancio” de la tierra al sostener un sistema tan devastador como el agronegocio. Esta percepción da cuenta de una lectura situada del territorio, que contrasta con las prácticas del modelo hegemónico, dominadas por una severa desconexión con aquello que sostiene la vida. En este marco, el agronegocio se vuelve incapaz de distinguir cuándo una semilla o la tierra misma está agotada, ya que sus proyectos expansivos son necios a otras formas de vida, frecuentemente catalogadas como de “menor escala” o “no modernas”, como ocurre con las huertas.

Esta capacidad de escuchar y conectar con la tierra se debe a la proximidad cotidiana que se experimenta al sostener una huerta, construyendo así una relación que no es extractiva ni instrumental, sino de presencia permanente. Al igual que las participantes se alimentan de la huerta con alimentos nutritivos es necesario que lxs humanos entreguen nutrientes a la tierra, visualizándola como un organismo vivo que sostiene muchas vidas. Para ello, es necesario el ensayo y error como práctica básica que aporta significativamente al aprendizaje del sostenimiento de los cultivos, esto dado que efectivamente las huertas mantienen similitudes entre ellas, pero es en las características propias de cada una en donde la creatividad y la conexión florecen en busca de reconectar con el equilibrio biodiverso propio de sí mismas. La estandarización pertenece al monocultivo, no a la biodiversidad viva y situada de las huertas. Es por ello que el *huertear* dedica tiempo y atención a “leer” estos espacios, identificando cuándo la tierra está cansada, cuándo una especie se encuentra presente o ausente, cómo se interpreta la presencia de polinizantes, plagas o especies exóticas, entre otras lecturas vivenciales. Las experiencias conocidas reconocen estas señales como una red de interdependencias que sostienen y reproducen la vida.

Se evidencia que estas prácticas también posibilitan reconectar con los ciclos naturales de la vida como son los elementos, el agua como transportador de nutrientes a los cultivos y el sol

como fuente de energía vital para su desarrollo. A ello, las participantes de las huertas mencionan la importancia de la luna en los cultivos y cómo esta rige los tiempos de la naturaleza. Es ella quien les dice cómo y cuándo desarrollar sus prácticas en los cultivos, como ejemplos de ello son el traspaso de almácigos a tierra y la cosecha de semillas cuando la plata *se sube*. Son conocimientos corporales, situados y experimentales que aportan a conectar nuevamente con aquello que reproduce la vida. Para ello es necesario rediseñar la concepción de relacionamiento, nutriendo los vínculos recíprocos comenzando con la tierra como principal mentora y experta.

Reflexiones finales

Las huertas comunitarias se posicionan como espacios que cuestionan las lógicas del agronegocio y proponen otras formas de relación con la tierra. En donde no se trata solo de cultivar alimentos, sino de sostener prácticas y vínculos que permiten habitar el territorio desde la memoria biocultural de los pueblos subalternizados y que proyecten un futuro más allá del sistema agroalimentario imperante. Estas huertas generan dinámicas que se alejan del control y la productividad constante que se apropian de los cuerpos. En ellas, el tiempo y el trabajo adquieren otro sentido logrando la materialización desde la construcción de las voluntades de querer participar de un espacio de acuerdo con los ritmos de la tierra y no con las exigencias del mercado.

Quienes participan de estos espacios aprenden a reconocer los ciclos naturales, a cuidar las semillas y a valorar los procesos de reproducción de la vida, comprendiendo que, sin equilibrio de los cuerpos de tierra, agua y seres vivos, no hay posibilidad de sostener la existencia. A diferencia del modelo hegemónico, las huertas comunitarias no buscan maximizar la producción ni generar rentabilidad, sino fortalecer vínculos vivos arraigados en los conocimientos territoriales. En este sentido, son también espacios de conocimiento colectivo, donde el aprendizaje se construye desde la práctica, de ensayo y error, como mencionan Giraldo y Toro (2020). Lo que allí emerge desafía los límites instalados por la producción, logrando hacernos reflexionar sobre lo inseparable que son el sembrar, cosechar y cuidar con el pensamiento crítico que habitan en las manos huerteras. Por eso, las huertas se instalan como una alternativa concreta frente a la crisis civilizatoria actual, las cuales, al contrario de reproducir las lógicas de dominación sobre la naturaleza, recuperan formas de coexistencia que han sido históricamente desplazadas por el agronegocio devastador. Es así como sus prácticas revelan que es posible producir y reproducir vida fuera del marco del capital, generando experiencias que aportan a la soberanía alimentaria, a la salud colectiva y al fortalecimiento de lo común a través del sostenimiento de la vida, ayudándonos a imaginar otros modos de vivir y relacionarnos con la tierra.

Si bien la ecología política ha aportado claves fundamentales para comprender las tensiones entre el agronegocio y los territorios, también presenta ciertos puntos ciegos que es necesario mencionar. En ocasiones, la huerta comunitaria es mirada desde polos extremos: por un lado, la romantización en exceso de sus prácticas, elevándolas a símbolos idealizados que no siempre reflejan la complejidad cotidiana de su sostenimiento. Por otro, aproximaciones que terminan caracterizándolas como “alternativas a menor escala”, reproduciendo sin querer las lógicas del agronegocio al evaluarlas con criterios de productividad o eficiencia propios del sistema hegemónico. Bajo estos marcos, se corre el riesgo de abandonar su sentido profundo, pues las huertas no buscan controlar la tierra, sino coexistir con ella desde otros ritmos, otros saberes y otras formas de vida.

Por ello, resulta fundamental mirar desde la huerta misma, conocer sus dinámicas y transitar con los elementos que la sostienen. Esto implica identificar sus particularidades y diferencias, comprender las prácticas que allí emergen sin caer en estereotipos ni en categorías externas que reducen su potencia. Clasificar las huertas desde afuera corre el riesgo de opacar su fuerza transformadora; en cambio, es preciso reconocer las voluntades de quienes las impulsan, convirtiendo terrenos hostiles en terrenos fértiles a partir de acciones concretas que brotan de los propios territorios. La huerta no necesariamente busca competir con el agronegocio, aunque muchas veces se vea obligada a disputar el territorio y los bienes que sostienen la vida. Su persistencia se explica, en gran medida, por la imbricación ecológica que sostiene estos espacios, donde lo humano logra sintonizar con su propia naturaleza a través de la voluntad de habitar y cuidar territorios profundamente interdependientes.

En este sendero por las huertas comunitarias también nos parece que hay interpelaciones a la propia ecología política. Si bien los conflictos son momentos centrales para entender las fracturas del capital sobre la trama de la vida y las contradicciones entre posiciones onto-políticas en tensión, el foco central en conflictos abiertos y explícitos nos puede restar atención para comprender la potencia política que está detrás de experiencias como las huertas comunitarias. Su dimensión práctica, de interacción constante en la trama socio-natural e interespecie, y que se sostienen en el goce sensitivo y estético que impulsa a sus participantes para mantenerlas y reproducirlas día a día. Son resistencias que pueden parecer “menos épicas” y cotidianas, pero que se propagan y sirven de refugios socio-ecológicos frente a las múltiples tormentas de las crisis que vivenciamos y aquellas por venir.



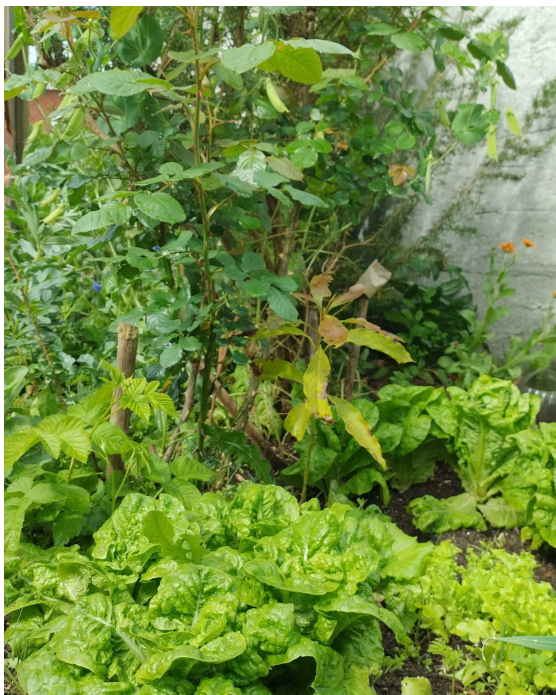
Compañeras

Huerteras

cosechando

Acelgas

Fuente: Huerta Comunitaria Santa Amalia



Policultivos,

2024

Fuente: Huerta Comunitaria Santa Amalia

Referencia bibliográfica

Borras, Saturnino; Franco, Jennifer; Gómez, Sergio; Kay, Cristóbal & Spoor, Max (2012). Land grabbing in Latin America and the Caribbean. *The Journal of Peasant Studies*, 39(3–4), 845–872.

Food and Agriculture Organization of the United Nations. (2025, 12 de marzo). *Naciones Unidas: Aumenta la inseguridad alimentaria en Chile*. <https://www.fao.org/chile/news-and-opinion/news/detail/Naciones-Unidas-aumenta-la-inseguridad-alimentaria-en-Chile/es>

Giraldo, Omar Felipe (2018). *Ecología política de la agricultura: Agroecología y posdesarrollo*. Ediciones Universidad del Cauca.

Giraldo, Omar Felipe & Toro, Ingrid (2020). *Afectividad ambiental: Sensibilidad, empatía, estéticas del habitar*. El Colegio de la Frontera Sur; Universidad Veracruzana.

Gras, Carla & Hernández, Valeria (2013). *El agro como negocio: Producción, sociedad y territorios en la globalización*. Biblos.

Herrero, Yayo (2016). Economía feminista y economía ecológica: El diálogo necesario y urgente. *Revista de Economía Crítica*.

Machado Aráoz, Horacio & Rossi, Leonardo (2020). Repensar (la producción d-) el pan, repensar (nuestra relación con) la tierra: Clave para una renovación (y radicalización) del pensamiento crítico y las energías revolucionarias. *Bajo el Volcán*, 1(2), 39–76. <https://bajoelvolcanx.buap.mx/index.php/bajovolc/article/view/651/572>

McKay, Ben; Alonso-Fradejas, Alberto & Ezquerro-Cañete, Arturo (Eds.). (2021). *Agrarian extractivism in Latin America*. Routledge.

McMichael, Philip (2013). *Food regimes and agrarian questions*. Fernwood Press.

Palmisano, Tomás (2018). Las agriculturas alternativas en el contexto del agronegocio: Experiencias en la provincia de Buenos Aires, Argentina. *Estudios Sociales*, 28(51). <https://doi.org/10.24836/es.v28i51.513>

Panez, Alexander & Barraza, Stephanie (2025). Agronegocio y nuevos pactos hidrosociales en América Latina: Expansión agroexportadora en la región de Ñuble, Chile. *Tecnología y Ciencias del Agua*, 16(1), 442–487. <https://doi.org/10.24850/j-tyca-2025-01-09>

Cronopolíticas y tramas agroalimentarias.

Ensayos politemporales frente al totalitarismo extractivista

Pablo Cosentino¹

La crisis agroalimentaria como resultado de un desajuste temporal

En este artículo se sostiene que la crisis agroalimentaria hunde sus raíces profundas en el extractivismo como forma de organización del mapa geopolítico y económico global y como dispositivo que organiza las lógicas predatorias del capitalismo moderno. Los males asociados a dicha crisis -tales como el hambre, la malnutrición, la inadecuación de los alimentos, el supermercadismo, la concentración de tierras, semillas y cultivos en pocas manos, entre otros- se encuentran íntimamente relacionados con un orden que establece una cartografía mundial en la que se asigna a determinados territorios el rol de proveedores de materias y recursos necesarios para la reproducción de la dinámica económica global.

Si bien cuando se reflexiona sobre el extractivismo se lo suele caracterizar como un régimen de explotación intensiva de los territorios basado en el saqueo de los bienes naturales -instancia clave en la dinámica de crecimiento permanente de la producción, la circulación y el consumo de mercancías-, aún no ha sido lo suficientemente observada su dimensión temporal regida por un ritmo acelerado en la extracción de materia prima. En lo que sigue, por lo tanto, se indagará en la crisis alimentaria haciendo énfasis en los aspectos relativos a la modalidad temporal o forma de relación con el tiempo que impone el extractivismo.

Siguiendo a Horacio Machado Aráoz (2017, p. 37-40), la modernidad capitalista depende, desde sus orígenes, de la conformación de una dinámica extractiva que ha condenado al Sur Global a una posición geopolítica subordinada a los intereses de las grandes potencias y que tiene como consecuencia el despojo y el saqueo de los bienes comunes y la desarticulación del entramado sociocultural de los pueblos y comunidades que habitan esta región.² La lógica expansiva de la economía global supone un metabolismo socionatural en el que, mediante el trabajo, se produce la transformación de la materia y energía en valores de uso que buscan satisfacer las necesidades humanas. En este metabolismo que, en términos marxistas, configura tanto la naturaleza genérica como la propia naturaleza humana, el sistema alimentario ocupa un lugar decisivo al ser la obtención y el consumo de alimentos uno de los aspectos fundamentales de la reproducción de la vida.³ En este sentido, como afirma Leonardo Rossi (2023, p. 56), el sistema alimentario es un vector clave del sociometabolismo ya que implica una relación entre comunidades, territorios y modos de habitar constituida en el devenir de los procesos de producción social de la vida. En estos últimos ha sido decisiva

¹ Doctor en Filosofía (IF-FFyL-UBA) e integrante del GT de Ecologías Políticas del Sur/Abya Yala (CLACSO).

² En este sentido, Horacio Machado Aráoz (2017, p. 38) considera que el comienzo de la explotación del Cerro Rico del Potosí, en 1545, marca el inicio de una nueva configuración de relaciones políticas, comerciales y sociales. Este hecho se transforma entonces en el principio estructurador del mundo moderno, habilitando la irrupción no sólo de una nueva forma de minería, sino de una nueva era geológica y del dispositivo epistémico-político constituyente del nuevo escenario mundial (Machado Aráoz, 2017, p. 38).

³ A través de la organización del trabajo, las sociedades despliegan sus flujos de intercambio energéticos y materiales con la tierra. Por lo tanto, Horacio Machado sostiene que las “naturalezas realmente existentes” son el resultado del modo particular de organizar el proceso de trabajo. Es decir, la producción de un modo de vida social conforma simultáneamente una determinada naturaleza (Machado Aráoz, 2016, p. 215).

la implementación de prácticas de cooperación que habilitaron distintos modos de obtención de los alimentos.

Históricamente, sobre todo en sociedades no occidentales, el alimento ha sido entonces una dimensión central en las formas de organización de la vida social que han tenido como pilares el arraigo a los territorios, la reciprocidad y el apoyo mutuo (Rossi, 2023, p. 68). De este modo, es posible sostener que sólo con la privatización de la tierra, el trabajo y los alimentos, la producción agroalimentaria ha dejado de ser ese núcleo donde se anuda la vida en común, forjada bajo una idea de comunidad, de utilidad general y de los requerimientos vitales para la sociedad (Rossi, 2023, p. 71). Es decir, el capitalismo ha conformado una ruptura en las formas políticas comunales de forma paralela a la escisión del vínculo entre humanidad y naturaleza.

En consecuencia, desde los eco-marxismos se ha enfatizado en la fractura sociometabólica que este modo de producción hegemónico trajo aparejada. El desfasaje entre la lógica expansiva y acumulativa del capital y la dinámica que permite las condiciones de reproducción de la vida se sostiene y legitima en una cosmovisión que fragmenta al ser humano de la trama de lo viviente, estableciendo dos ámbitos ontológicos escindidos: la naturaleza y la cultura. Entre otras cosas, esto ha desencadenado el desarrollo de enfoques económicos, predominantes al menos desde el siglo XIX, que pierden de vista las leyes y los límites ecosistémicos que regulan la vida en el planeta. Al producir teorías y análisis económicos abstraídos del metabolismo socrionatural -que sólo asumen como objetivo fundamental el aumento constante en la producción y el crecimiento ilimitado- se borran e invisibilizan las condiciones materiales que permiten la reproducción de la vida, es decir, los ritmos y los ciclos propios de la biosfera (Naredo, 2019, p. 10).

Así, este desorden de las redes de vida que conduce al deterioro de la diversidad de lo viviente y a la alienación y explotación de lo humano, supone un desajuste entre el ritmo acelerado de la producción y consumo y el tiempo necesario para la regeneración de las tramas vitales y los ciclos de la naturaleza. Por lo tanto, el extractivismo posee una dimensión temporal que es necesario develar para poner al descubierto la necesidad de una cronopolítica que aspire a interrumpir las lógicas aceleratorias y expansivas del capital.

Prácticas agroalimentarias y cronopolíticas del cuidado

Abordar el fenómeno agroalimentario nos conduce entonces a pensar en nuestra relación con el tiempo. Si la modernidad capitalista ha establecido una temporalidad lineal, homogénea y aceleratoria, acorde a su narrativa de progreso y -más tarde- de desarrollo, concebir alternativas al modelo de insustentabilidad, saqueo y extractivismo supone vislumbrar otra cronopolítica. El mandato económico de aumento constante en la producción y el consumo (basado en la expansión de las lógicas extractivas) ha llevado a la imposición de un régimen temporal aceleratorio que se ha totalizado a las distintas esferas de la vida social. *“Ganar tiempo”, “aprovecharlo de manera productiva”, “no desperdiciarlo”* constituyen imperativos que organizan el orden institucional, no solamente en los ámbitos laborales, sino también en los educativos y en los de ocio, calibrando una determinada forma para nuestras relaciones con el saber, con los/as otros/as y con uno/a mismo/a. De este modo, el mandato

de la productividad, el rendimiento y la eficiencia se inmiscuye en cada resquicio de nuestra existencia.⁴

El fenómeno de la alimentación no ha sido ajeno a estas transformaciones. La difusión de las comidas rápidas -sobre todo en áreas urbanas- a partir de la segunda mitad del siglo XX, el acortamiento de los tiempos de elaboración de los alimentos y los cambios en las formas de su ingesta o consumo, expresan el modo en que ese totalitarismo de la aceleración ha repercutido en nuestras vidas. Por supuesto, son parte de este proceso las prácticas agrícolas llevadas a cabo bajo el paradigma de la agroindustria, orientadas por una racionalidad economicista en donde impera la búsqueda de la obtención del mayor beneficio (a través del menor costo posible). Bajo esta óptica, los alimentos -como cualquier otra mercancía- deben ser producidos según los tiempos que impone la dinámica macroeconómica. Aquí resuenan, por lo tanto, los ecos de un sujeto antropocéntrico que la modernidad occidental ha erigido en torno a la idea de soberanía y dominio y que se expresa en ese afán de control y sometimiento no sólo sobre los demás o uno/a mismo/a, sino también sobre la naturaleza y los propios ritmos de vida.

Sin embargo, como afirmamos previamente, los tiempos de la eficiencia y la productividad económica entran en tensión con los ritmos y los ciclos que permiten la regeneración de los territorios. El entramado de vida en permanente relación e interdependencia, del cual somos parte junto a una multiplicidad de seres y materia viva y no viva, conforma una politemporalidad en la que se entrecruzan diferentes ritmos existenciales. Frente a una cronología lineal, homogénea y acumulativa, este es un tiempo diverso en el que lo espiral y lo cíclico habilitan diversos tipos de acoplamientos y desacoplamientos, consonancias y disonancias, alternancias e irrupciones, propias de ámbitos ecosistémicos en los que la vida busca regenerarse. En este sentido, las prácticas agroalimentarias sostenidas por las lógicas extractivistas implican el aplastamiento de estos ritmos vitales y la imposición de una temporalidad homogénea que intenta anular esta polifonía que habita en los territorios (en el suelo y en el aire, en las diversas formas de vida animal y vegetal, en lo mineral y en el resto de lo existente).

Vislumbrar estas cronopolíticas alternativas es entonces una instancia primordial en la reconstitución de un tejido de prácticas agroalimentarias sostenidas en una perspectiva de cuidado de los territorios y redes de vida. Si toda política supone una concepción del tiempo -es decir, una propuesta determinada de habitar la dimensión temporal de nuestra existencia- diseñar alternativas agroalimentarias exige favorecer una temporalidad que articule con aquellas prácticas que despliegan formas de vida en común. Por lo tanto, aquí se concibe al cuidado como cierta modalidad de estar con otros/as caracterizado por una apertura y disponibilidad que entra en tensión con los intentos de reaseguramiento del sujeto autónomo, dominante y soberano de la modernidad occidental. Esto implica dar atención hacia todo aquello que nos excede, habilitando una demora que permita ensayar modos de estar presentes y de dedicar un tiempo a lo otro. En consecuencia, se requiere una temporalidad que no se ajuste al mandato de la productividad, la aceleración y el crecimiento, sino más bien una en la que podamos estar nomás (siendo parte del entramado de vida que nos aloja).

⁴ Según Harmut Rosa (2016, p. 21), la expansión del modo de vida moderno-occidental ha conducido a un “totalitarismo de la aceleración” que se expresa tanto en la velocidad con la que se producen los cambios tecnológicos y culturales como en la sensación de “falta de tiempo” que caracteriza el actual ritmo de vida. Este “régimen acelerador totalitario”, cuya fuerza rige y presiona sobre las personas, estructura nuestra subjetividad y transforma la relación con los otros, la sociedad y el mundo (Rosa, 2016, p. 72).

Interculturalidad y diversidad temporal

En este apartado se explicita el valor de la perspectiva intercultural al momento de realizar una crítica no sólo a la monocultura moderna occidental, sino también a la concepción del tiempo lineal y homogéneo sobre la que aquella ha constituido el mito del progreso, la acumulación y el crecimiento ilimitado. Como se ha afirmado previamente, en esta forma de concebir lo temporal, se encuentran las raíces profundas que condujeron a la crisis agroalimentaria que hoy alcanza una escala global. Por lo tanto, se consideran dos referencias dentro de aquella corriente de pensamiento -Raimon Panikkar y Raúl Fornet-Betancourt- de manera de visibilizar los aportes de la interculturalidad para la conformación de senderos que nos conduzcan a otras temporalidades -propias de la experiencia vital de culturas y comunidades más allá del mundo occidental- más acordes con prácticas agroalimentarias basadas en el cuidado de la vida y los territorios.

A modo de descripción general de la propuesta epistemológica de la interculturalidad, esbozaremos las características centrales de la hermenéutica diatópica, propuesta por Panikkar, y de la traducción intercultural, de Fornet-Betancourt. Ambas suponen tanto una interpelación y enriquecimiento de nuestra manera de vivir, pensar y concebir el mundo, como una actitud de apertura y escucha hacia la alteridad y la diversidad cultural. En este sentido, como sostiene Panikkar (2004, p. 43), nos abren a los problemas de nuestro tiempo desde el punto de vista del otro, así como a los problemas del otro desde nuestras propias categorías, habilitando una retroalimentación e inter-fecundación que conduce a nuevas preguntas y perspectivas frente a lo que nos atañe y nos demanda una respuesta colectiva.

La hermenéutica diatópica de Raimon Panikkar (1990, p. 114) asume como un error, en el diálogo cultural, privilegiar la perspectiva propia, reduciendo la ajena a la mismidad. Por lo tanto, se parte de reconocer que otros pueblos y comunidades poseen otras formas de comprensión y entendimiento válidas que exigen evitar toda asimilación al modelo o patrón propio. Esto implica trascender la propia cultura, de manera de interrumpir –al menos por un breve lapso temporal- el horizonte de inteligibilidad y los parámetros interpretativos conocidos. Sólo a partir de este esfuerzo epistemológico es posible dar cuenta de los mitos fundantes de cada una de las culturas puestas en diálogo, viéndolas como las narrativas que orientan y dan sentido a su experiencia vital. Son estos mitos los que permiten desplegar un determinado modelo interpretativo característico de cada cultura, por lo que el diálogo intercultural, tal como lo presenta Panikkar (1983, p. 9), aspira a hacer emerger uno nuevo que permita reunir y comprender en un mismo horizonte de inteligibilidad a los universos culturales en diálogo.⁵

En una dirección similar, Fornet-Betancourt (2006, p. 46) plantea que la traducción intercultural permite conformar una universalidad a partir de un diálogo que logra evitar la reducción de la diferencia del otro a la propia mismidad. De esta manera, los universos culturales se traducen unos a otros, aspirando a constituir una universalidad que se mantenga abierta a la acogida de la alteridad.⁶ Según el autor, este proceso implica, además, recuperar las memorias que narran los sucesos mediante los cuales cada cultura fue diferenciándose y conformando su singularidad. Esto requiere una apertura del espacio y del tiempo de cada mundo cultural ante la alteridad del otro, de manera de establecer un diálogo que haga justicia

⁵ En este sentido, la hermenéutica diatópica se vale de “equivalentes homeomórficos”, categorías cuyo valor reside en ser puentes entre distintas culturas. Al cumplir una función similar en distintos sistemas (por ejemplo, Dios y Brahman), permiten un trabajo de traducción que reconoce las experiencias y el contexto histórico cristalizado en las palabras propias de cada cultura (Panikkar, 2000, p. 108).

⁶ Esto supone asimilar la imposibilidad de una traducción “perfecta”, aceptando ese resto que siempre se resiste a todo esfuerzo de traducción y que deja en evidencia la inextinguible diferencia entre lo propio y lo extranjero.

a la diversidad cultural y a la pluralidad de sabidurías memoriales (Fornet-Betancourt, 2006, p. 46).

En consecuencia, la interculturalidad conlleva una experiencia temporal que excede los marcos de la cronología neoliberal, atrapada bajo el mandato de la productividad y el tiempo medido de las horas del reloj. Frente a esta última, el diálogo intercultural apela a recuperar el tiempo abierto de la duración y de las experiencias existenciales que dan lugar al surgimiento o la irrupción de algo nuevo (Fornet-Betancourt, 2006, p. 44). De este modo, al recuperar la diversidad temporal y la memoria que se condensa en la historicidad corporal y en los contextos de vida de los pueblos, se habilita la co-construcción de pluriversos donde confluyen y se armonizan tiempos y espacios no sometidos al ritmo único del mercado global (Fornet-Betancourt, 2006, p. 37).

Si la vida de las personas y los pueblos contienen sus propios ritmos -que pueden ser leídos en biografías, tradiciones y saberes-, se trata entonces de revalorizar y reactivar la diversidad temporal guardada en la memoria comunitaria de los pueblos y en el tejido de vida que atraviesa a los cuerpos. Como parece sugerir Fornet-Betancourt (2006, p. 37), quizá allí resida la potencia desde la cual lograr restablecer proyectos alternativos de humanización y de universalización de mundos culturales. Proyectos que, por plantear alternativas al metabolismo socrionatural devastador del capitalismo actual, deriven en nuevas redes y tejidos desde los cuales reorganizar la trama alimentaria.

El tiempo de otras prácticas agroalimentarias

Como nos recuerda Leonardo Rossi (2023, p. 62), citando a Claude Fischler, las prácticas alimentarias nos incorporan en un sistema culinario que se corresponde y es propio de un universo cultural y de una determinada cosmología. Es decir, la especificidad en la forma de relacionarnos con los alimentos marca nuestra pertenencia a determinada trama cultural. Por lo tanto, es posible sostener que poseen un aspecto religioso, en el sentido que nos religan y nos hacen parte del lazo constitutivo entre el sujeto y el mundo o entre un micro y un macrocosmos (Rossi, 2023, p. 62).

Esta dimensión religiosa del ethos cultural, según Rodolfo Kusch (2007, pp. 682-683), predominaba en América Latina antes de la llegada del conquistador europeo y de la instalación de una linealidad temporal acorde con el relato del progreso histórico. El mundo constituía así una fuente de contemplación donde las cosas trascendían la mera utilidad para contener una dimensión sagrada. Por consiguiente, fue sólo con la imposición del tiempo colonial que se ha establecido una lógica del rendimiento y la productividad acorde con la instauración de tecnologías, sistemas políticos y narrativas ajenas a este suelo. En línea con lo desarrollado en los apartados anteriores, el autor describe a esta temporalidad como un tiempo computable, atomizado y cronológico que impide asumir con plenitud la negatividad que nos conforma (Kusch, 2007, p. 681).⁷

⁷ Afirma Kusch (2007, p. 643): “La negación rescata aquello en que se está, las frustraciones diarias, los proyectos no efectivizados, todo eso que hace a la imposibilidad de ser a nivel de Occidente (...) El proyecto de existir surge de una inmersión en lo negativo mismo”. También sostiene, más abajo: “La negación se introduce en el estar simple, en tanto sumerge a uno en la totalidad real del existente. En el fondo, detrás de la negación se daría la pregunta por lo condicionante, o sea el puro hecho de darse, de estar ahí existiendo. Y lo condicionante está, como vimos, en sectores no explorados desde nuestra perspectiva, porque esta última no pasa de ser en todos los casos meramente occidental” (Kusch, 2007, p. 646).

Frente al mismo, Kusch (2007, p. 679) propone una apertura al “tiempo del sacrificio”, propio de nuestra particular modalidad de estar en el mundo. Al trascender la historia lineal y progresiva, es posible entonces dar cuenta de manera plena de lo que nos constituye y asumir esa negatividad que se hunde hasta nuestras propias raíces. Asimismo, al recobrar una imagen más cabal de lo que se es -eludiendo el sentimiento de alienación y fragmentación propia de las sociedades occidentalizadas-, se habilita un estar sin más que interrumpe la exigencia de rendimiento que ha colonizado cada ámbito de vida (Kusch, 2007, pp. 682-683).

En consecuencia, el tiempo -al que Kusch refiere- da lugar al despliegue del estar-siendo que revaloriza la cotidianeidad del hombre en su mero estar y libera nuestra más propia posibilidad de ser. Quizá sea también el contacto con estas temporalidades-otras lo que se requiera para ensayar la conformación colectiva de otros entramados alimentarios. El diálogo intercultural, lejos de proponer un retorno a un pasado idealizado, ofrece la oportunidad de pluralizar el futuro, hurgando en las grietas de un presente que busca totalizarse y condenarnos al eterno retorno de lo mismo. De este modo, la escucha que emerge -cuando, efectivamente, hay conversación- nos brinda un tiempo que, interrumpiendo las formas dadas de relación con los cuerpos y los territorios, permite la irrupción de la alteridad que conmueve y revitaliza las redes de vida.

Referencia bibliográfica

Fornet-Betancourt, Raúl (2006). *La interculturalidad a prueba*. Concordian Reihe Monographien (Band 43).

Kusch, Rodolfo (2007). La negación en el pensamiento popular. En *Obras completas* (Tomo II). Fundación Ross.

Machado Aráoz, Horacio (2016). Sobre la naturaleza realmente existente: La entidad “América” y los orígenes del Capitaloceno. Dilemas y desafíos de especie. *Actual Marx Intervenciones*, (20), 205–230.

Machado Aráoz, Horacio (2017). Potosí y los orígenes del extractivismo. *Voces en el Fénix*, 8(60), 36–43.

Naredo, José Manuel (2019). *Raíces económicas del deterioro ecológico y social: Más allá de los dogmas*. Siglo XXI.

Panikkar, Raimon (1983). *Myth, faith and hermeneutics*. Asian Trading Corporation.

Panikkar, Raimon (1990). *Sobre el diálogo intercultural*. San Esteban.

Panikkar, Raimon (2000). *La experiencia filosófica de la India*. Trotta.

Panikkar, Raimon (2004). Conferencia inaugural: Tres grandes interpelaciones de la interculturalidad. En R. Fornet-Betancourt, *Interculturalidad, género y educación*. IKO.

Rosa, Hartmut (2016). *Alienación y aceleración: Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*. Katz Editores.

Rossi, Leonardo (2023). *Teoría política de la comida: Una crítica ecológico-comunal en tiempos de colapso*. Muchos Mundos Ediciones.